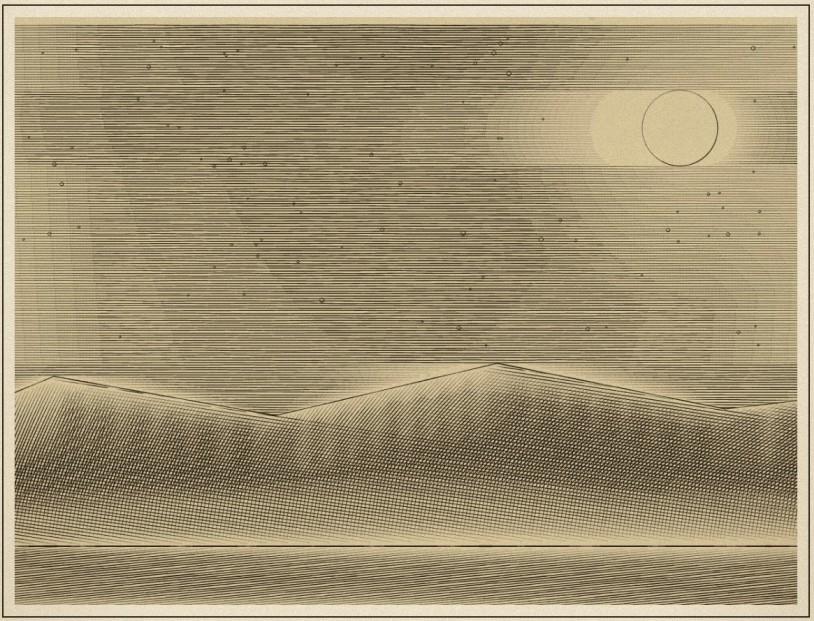
EL BURLADOR DE SEVILLA

Tirso de Molina



La lámpara encendida

MMXXVI

El burlador de Sevilla

Tirso de Molina

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto atribuido a Tirso de Molina (impreso en 1630).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Personas

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Personas

Don Diego Tenorio, viejo; Don Juan Tenorio, su hijo; Catalinón, lacayo; el Rey de Nápoles; el Duque Octavio; Don Pedro Tenorio, tío; el Marqués de la Mota; Don Gonzalo de Ulloa; el Rey de Castilla, Alfonso undécimo; Fabio, criado; Isabela, Duquesa; Tisbea, pescadora; Belisa, villana; Anfriso, pescador; Coridón, pescador; Gaseno, labrador; Batricio, labrador; Ripio, criado;

Doña Ana de Ulloa; Aminta, labradora; acompañamiento; cantores; guardas; criados; enlutados; músicos; pastores; pescadores.

Acto primero

Salen don Juan Tenorio e Isabela, duquesa.

Isabela: Duque Octavio, por aquí podrás salir más seguro.

Don Juan: Duquesa, de nuevo os juro de cumplir el dulce sí.

Isabela: Mi gloria, ¿serán verdades promesas y ofrecimientos, regalos y cumplimientos, voluntades y amistades?

Don Juan: Sí, mi bien.

Isabela: Quiero sacar una luz.

Don Juan: Pues, ¿para qué?

Isabela: Para que el alma dé fe del bien que llego a gozar.

Don Juan: Mataréte la luz yo.

Isabela: ¡Ah, cielo! ¿Quién eres, hombre?

Don Juan: ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

Isabela: ¿Que no eres el duque?

Don Juan: No.

Isabela: ¡Ah de palacio!

Don Juan: Detente. Dame, duquesa, la mano.

Isabela: No me detengas, villano. ¡Ah del rey! ¡Soldados, gente!

Sale el Rey de Nápoles, con una vela en un candelero.

Rey: ¿Qué es esto?

Isabela: ¡Favor! ¡Ay, triste, que es el rey!

Rey: ¿Qué es?

Don Juan: ¿Qué ha de ser? Un hombre y una mujer.

Rey: (Esto en prudencia consiste.) ¡Ah de mi guarda! Prendé a este hombre.

Isabela: ¡Ay, perdido honor!

Sale don Pedro Tenorio, embajador de España, y Guarda.

Don Pedro: ¿En tu cuarto, gran señor voces? ¿Quién la causa fue?

Rey: Don Pedro Tenorio, a vos esta prisión os encargo. Si ando corto, andad vos largo. Mirad quién son estos dos. Y con secreto ha de ser, que algún mal suceso creo; porque si yo aquí los veo, no me queda más que ver.

Vase el Rey.

Don Pedro: Prendedle.

Don Juan: ¿Quién ha de osar? Bien puedo perder la vida; mas ha de ir tan bien vendida que a alguno le ha de pesar.

Don Pedro: Matadle.

Don Juan: ¿Quién os engaña? Resuelto en morir estoy, porque caballero soy. El embajador de España llegue solo, que ha de ser él quien me rinda.

Don Pedro: Apartad; a ese cuarto os retirad todos con esa mujer.

Vanse los otros.

Don Pedro: Ya estamos solos los dos; muestra aquí tu esfuerzo y brío.

Don Juan: Aunque tengo esfuerzo, tío, no le tengo para vos.

Don Pedro: Di quién eres.

Don Juan: Ya lo digo. Tu sobrino.

Don Pedro: ¡Ay, corazón, que temo alguna traición! ¿Qué es lo que has hecho, enemigo? ¿Cómo estás de aquesta suerte? Dime presto lo que ha sido. ¡Desobediente, atrevido! Estoy por darte la muerte. Acaba.

Don Juan: Tío y señor, mozo soy y mozo fuiste; y pues que de amor supiste, tenga disculpa mi amor. Y pues a decir me obligas la verdad, oye y direla. Yo engañé y gocé a Isabela la duquesa.

Don Pedro: No prosigas, tente. ¿Cómo la engañaste? Habla quedo, y cierra el labio.

Don Juan: Fingí ser el duque Octavio.

Don Pedro: No digas más. ¡Calla! ¡Baste! Perdido soy si el rey sabe este caso. ¿Qué he de hacer? Industria me ha de valer en un negocio tan grave.

Di, vil, ¿no bastó emprender con ira y fiereza extraña tan gran traición en España con otra noble mujer, sino en Nápoles también, y en el palacio real con mujer tan principal? ¡Castíguete el cielo, amén!

Tu padre desde Castilla a Nápoles te envió, y en sus márgenes te dio tierra la espumosa orilla del mar de Italia, atendiendo que el haberte recibido pagaras agradecido, y estás su honor ofendiendo. ¡Y en tan principal mujer! Pero en aquesta ocasión nos daña la dilación. Mira qué quieres hacer.

Don Juan: No quiero daros disculpa, que la habré de dar siniestra, mi sangre es, señor, la vuestra; sacadla, y pague la culpa. A esos pies estoy rendido, y ésta es mi espada, señor.

Don Pedro: Álzate, y muestra valor, que esa humildad me ha vencido. ¿Atreveráste a bajar por ese balcón?

Don Juan: Sí atrevo, que alas en tu favor llevo.

Don Pedro: Pues yo te quiero ayudar. Vete a Sicilia o Milán, donde vivas encubierto.

Don Juan: Luego me iré.

Don Pedro: ¿Cierto?

Don Juan: Cierto.

Don Pedro: Mis cartas te avisarán en qué para este suceso triste, que causado has.

Don Juan: Para mí alegre dirás. Que tuve culpa confieso.

Don Pedro: Esa mocedad te engaña. Baja por ese balcón.

Don Juan: (Con tan justa pretensión, gozoso me parto a España).

Vase don Juan y entra el Rey.

Don Pedro: Ejecutando, señor, lo que mandó vuestra alteza, el hombre

Rey: ¿Murió?

Don Pedro: Escapose de las cuchillas soberbias.

Rey: ¿De qué forma?

Don Pedro: De esta forma: aun no lo mandaste apenas, cuando sin dar más disculpa, la espada en la mano aprieta, revuelve la capa al brazo, y con gallarda presteza, ofendiendo a los soldados y buscando su defensa, viendo vecina la muerte, por el balcón de la huerta se arroja desesperado.

Siguiole con diligencia tu gente. Cuando salieron por esa vecina puerta, le hallaron agonizando como enroscada culebra. Levantose, y al decir los soldados, "¡Muera, muera!", bañado con sangre el rostro, con tan heroica presteza se fue, que quedé confuso.

La mujer, que es Isabela, —que para admirarte nombro— retirada en esa pieza, dice que fue el duque Octavio quien, con engaño y cau-

tela, la gozó.

Rey: ¿Qué dices?

Don Pedro: Digo lo que ella propia confiesa.

Rey: ¡Ah, pobre honor! Si eres alma del hombre, ¿por qué te dejan en la mujer inconstante, si es la misma ligereza? ¡Hola!

Sale un Criado.

Criado: ¿Gran señor?

Rey: Traed delante de mi presencia esa mujer.

Don Pedro: Ya la guardia viene, gran señor, con ella.

Trae la Guarda a Isabela.

Isabela: ¿Con qué ojos veré al rey?

Rey: Idos, y guardad la puerta de esa cuadra. Di, mujer, ¿qué rigor, qué airada estrella te incitó, que en mi palacio, con hermosura y soberbia, profanases sus umbrales?

Isabela: Señor

Rey: Calla, que la lengua no podrá dorar el yerro que has cometido en mi ofensa. ¿Aquél era del duque Octavio?

Isabela: Sí, señor.

Rey: No importan fuerzas, guardas, criados, murallas, fortalecidas almenas, para amor, que la de un niño hasta los muros penetra. Don Pedro Tenorio, al punto a esa mujer llevad presa a una torre, y con secreto haced que al duque le prendan; que quiero hacer que le cumpla la palabra, o la promesa.

Isabela: Gran señor, volvedme el rostro.

Rey: Ofensa a mi espalda hecha, es justicia y es razón castigalla a espaldas vueltas.

Vase el Rey.

Don Pedro: Vamos, duquesa.

Isabela: (Mi culpa no hay disculpa que la venza, mas no será el yerro tanto si el duque Octavio lo enmienda).

Vanse todos. Salen el duque Octavio, y Ripio su criado.

Ripio: ¿Tan de mañana, señor, te levantas?

Octavio: No hay sosiego que pueda apagar el fuego que enciende en mi alma Amor. Porque, como al fin es niño, no apetece cama blanda, entre regalada holanda, cubierta de blanco armiño. Acuéstase. No sosiega. Siempre quiere madrugar por levantarse a jugar, que al fin como niño juega.

Pensamientos de Isabela me tienen, amigo, en calma; que como vive en el alma, anda el cuerpo siempre en vela, guardando ausente y presente, el castillo del honor.

Ripio: Perdóname, que tu amor es amor impertinente.

Octavio: ¿Qué dices, necio?

Ripio: Esto digo, impertinencia es amar como amas. ¿Vas a escuchar?

Octavio: Sí, prosigue.

Ripio: Ya prosigo. ¿Quiérete Isabela a ti

Octavio: ¿Eso, necio, has de dudar?

Ripio: No, mas quiero preguntar, ¿Y tú no la quieres?

Octavio: Sí.

Ripio: Pues, ¿no seré majadero, y de solar conocido, si pierdo yo mi sentido por quien me quiere y la quiero?

Si ella a ti no te quisiera, fuera bien el porfialla, regalalla y adoralla, y aguardar que se rindiera; mas si los dos os queréis con una mesma igualdad, dime, ¿hay más dificultad de que luego os desposéis?

Octavio: Eso fuera, necio, a ser de lacayo o lavandera la boda.

Ripio: Pues, ¿es quien quiera una lavandriz mujer, lavando y fregatrizando, defendiendo y ofendiendo, los paños suyos tendiendo, regalando y remendando? Dando, dije, porque al dar no hay cosa que se le iguale, y si no, a Isabela dale, a ver si sabe tomar.

Sale un Criado.

Criado: El embajador de España en este punto se apea en el zaguán, y desea, con ira y fiereza extraña, hablarte, y si no entendí yo mal, entiendo es prisión.

Octavio: ¿Prisión? Pues, ¿por qué ocasión? Decid que entre.

Entra Don Pedro Tenorio con guardas.

Don Pedro: Quien así con tanto descuido duerme, limpia tiene la conciencia.

Octavio: Cuando viene vueselencia a honrarme y favorecerme, no es justo que duerma yo. Velaré toda mi vida. ¿a qué y por qué es la venida?

Don Pedro: Porque aquí el rey me envió.

Octavio: Si el rey mi señor se acuerda de mí en aquesta ocasión, será justicia y razón que por él la vida pierda. Decidme, señor, qué dicha o qué estrella me ha guiado, que de mí el rey se ha acordado?

Don Pedro: Fue, duque, vuestra desdicha. Embajador del rey soy. De él os traigo una embajada.

Octavio: Marqués, no me inquieta nada. Decid, que aguardando estoy.

Don Pedro: A prenderos me ha enviado el rey. No os alborotéis.

Octavio: ¿Vos por el rey me prendéis? Pues, ¿en qué he sido culpado?

Don Pedro: Mejor lo sabéis que yo, mas, por si acaso me engaño, escuchad el desengaño, y a lo que el rey me envió.

Cuando los negros gigantes, plegando funestos toldos ya del crepúsculo huían, unos tropezando en otros, estando yo con su alteza, tratando ciertos negocios, porque antípodas del sol son siempre los poderosos, voces de mujer oímos, cuyos ecos medio roncos, por los artesones sacros nos repitieron "¡Socorro!" A las voces y al ruido acudió, duque, el rey propio, halló a Isabela en los brazos de algún hombre poderoso; mas quien al cielo se atreve sin duda es gigante o monstruo.

Mandó el rey que los prendiera, quedé con el hombre solo. Llegué y quise desarmalle, pero pienso que el demonio en él formó forma humana, pues que, vuelto en humo, y polvo, se arrojó por los balcones, entre los pies de esos olmos, que coronan del palacio los chapiteles hermosos.

Hice prender la duquesa, y en la presencia de todos dice que es el duque Octavio el que con mano de esposo la gozó.

Octavio: ¿Qué dices?

Don Pedro: Digo lo que al mundo es ya notorio, y que tan claro se sabe, que a Isabela, por mil modos

Octavio: Dejadme, no me digáis tan gran traición de Isabela, mas ¿si fue su amor cautela? Proseguid, ¿por qué calláis? (Mas, si veneno me dais a un firme corazón toca, y así a decir me provoca que imita a la comadreja, que concibe por la oreja, para parir por la boca.

¿Será verdad que Isabela, alma, se olvidó de mí para darme muerte? Sí, que el bien suena y el mal vuela.

Ya el pecho nada recela, juzgando si son antojos, que por darme más enojos, al entendimiento entró, y por la oreja escuchó, lo que acreditan los ojos. Señor marqués, ¿es posible que Isabela me ha engañado, y que mi amor ha burlado? Parece cosa imposible.

¡Oh mujer, ley tan terrible de honor, a quien me provoco a emprender! Mas ya no toco en tu honor esta cautela. ¿Anoche con Isabela hombre en palacio? Estoy loco.

Don Pedro: Como es verdad que en los vientos hay aves, en el mar peces, que participan a veces de todos cuatro elementos; como en la gloria hay contentos, lealtad en el buen amigo, traición en el enemigo, en la noche oscuridad, y en el día claridad, y así es verdad lo que digo.

Octavio: Marqués, yo os quiero creer, ya no hay cosa que me espante, que la mujer más constante es, en efecto, mujer. No me queda más que ver, pues es patente mi agravio.

Don Pedro: Pues que sois prudente y sabio elegid el mejor medio.

Octavio: Ausentarme es mi remedio.

Don Pedro: Pues sea presto, duque Octavio.

Octavio: Embarcarme quiero a España, y darle a mis males fin.

Don Pedro: Por la puerta del jardín, duque, esta prisión se engaña.

Octavio: ¡Ah veleta, ah débil caña! A más furor me provoco, y extrañas provincias toco, huyendo de esta cautela. Patria, adiós. ¿Con Isabela hombre en palacio? Estoy loco.

Vanse todos. Sale Tisbea, pescadora, con una caña de pescar en la mano.

Tisbea: Yo, de cuantas el mar, pies de jazmín y rosas, en sus riberas besa, con fugitivas olas, sola de amor exenta, como en ventura sola, tirana me reservo de sus prisiones locas.

Aquí donde el sol pisa soñolientas las ondas, alegrando zafiros las que espantaba sombras, por la menuda arena, unas veces aljófar, y átomos otras veces del sol, que así le adora, oyendo de las aves las quejas amorosas, y los combates dulces del agua entre las rocas, ya con la sutil caña, que el débil peso dobla del tierno pececillo, que el mar salado azota, o ya con la atarraya, que en sus moradas hondas prende en cuantos habitan aposentos de conchas, seguramente tengo que en libertad se goza el alma, que amor áspid no le ofende ponzoña.

En pequeñuelo esquife, ya en compañía de otras, tal vez al mar le peino la cabeza espumosa. Y cuando más perdidas querellas de amor forman, como de todos río envidia soy de todas. Dichosa yo mil veces, Amor, pues me perdonas, si ya por ser humilde no desprecias mi choza.

Obeliscos de paja mi edificio coronan, nidos, si no a cigüeñas, a tortolillas locas. Mi honor conservo en pajas como fruta sabrosa, vidrio guardado en ellas para que no se rompa.

De cuantos pescadores con fuego Tarragona de piratas defiende en la argentada costa, desprecio soy, encanto, a sus suspiros sorda, a sus ruegos terrible, a sus promesas roca.

Anfriso, a quien el cielo, con mano poderosa, prodigó un cuerpo y alma dotado en gracias todas, medido en las palabras, liberal en las obras, sufrido en los desdenes, modesto en las congojas, mis pajizos umbrales, que heladas noches ronda, a pesar de los tiempos las mañanas remoza, pues con los ramos verdes, que de los olmos corta, cubiertos amanecen de flores sin lisonjas.

Ya con viguelas dulces, y sutiles zampoñas, músicas me consagra, y todo no le importa, porque en tirano imperio vivo de amor señora, que halla gusto en sus penas, y en sus infiernos gloria.

Todas por él se mueren, y yo, todas las horas, le mato con desdenes, de amor condición propia; querer donde aborrecen, despreciar donde adoran, que si le alegran muere, y vive si le oprobian.

En tan alegre día, segura de lisonjas, mis juveniles años amor no los malogra; que en edad tan florida, Amor, no es suerte poca, no ver, tratando en redes, las tuyas amorosas. Pero, necio discurso, que mi ejercicio estorbas, en él no me diviertas en cosa que no importa.

Quiero entregar la caña al viento, y a la boca del pececillo el cebo. ¡Pero al agua se arrojan dos hombres de una nave, antes que el mar la sorba, que sobre el agua viene, y en un escollo aborda! Como hermoso pavón hacen las velas ola, adonde los pilotos todos los ojos pongan.

Las olas va escarbando, y ya su orgullo y pompa casi la desvanece, agua un costado toma. Hundiose, y dejó al viento la gavia, que la escoja para morada suya, que un loco en gavias mora. Dentro gritos de "¡Que me ahogo!" Un hombre al otro aguarda, que dice que se ahoga.

¡Gallarda cortesía, en los hombros le toma! Anquises le hace Eneas si el mar está hecho Troya. Ya nadando, las aguas con valentía corta, y en la playa no veo quien lo ampare y socorra. Daré voces. ¡Tirso, Anfriso, Alfredo, hola!

Pescadores me miran, plega a Dios que me oigan, mas milagrosamente ya tierra los dos toman, sin aliento el que nada, con vida el que le estorba.

Saca en brazos Catalinón a don Juan, mojados.

Catalinón: ¡Válgame la Cananea, y qué salado es el mar! Aquí puede bien nadar el que salvarse desea, que allá dentro es desatino

donde la muerte se fragua. Donde Dios juntó tanta agua ¿no juntara tanto vino? Agua, y salada. Extremada cosa para quien no pesca.

Si es mala aun el agua fresca, ¿qué será el agua salada? ¡Oh, quién hallara una fragua de vino, aunque algo encendido! Si del agua que he bebido hoy escapo, no más agua. Desde hoy abrenuncio de ella, que la devoción me quita tanto, que aun agua bendita no pienso ver, por no vella.

¡Ah señor! Helado y frío está. ¿Si estará ya muerto? Del mar fue este desconcierto, y mío este desvarío. ¡Mal haya aquél que primero pinos en el mar sembró y el que sus rumbos midió con quebradizo madero! ¡Maldito sea el vil sastre que cosió el mar que dibuja con astronómica aguja, causando tanto desastre!

¡Maldito sea Jasón, y Tifis maldito sea! Muerto está. No hay quien lo crea. ¡Mísero Catalinón! ¿Qué he de hacer?

Tisbea: Hombre, ¿qué tienes?

Catalinón: En desventura iguales, pescadora, muchos males, y falta de muchos bienes. Veo, por librarme a mí, sin vida a mi señor. Mira si es verdad.

Tisbea: No, que aun respira.

Catalinón: ¿Por dónde, por aquí?

Tisbea: Sí, pues, ¿por dónde?

Catalinón: Bien podía respirar por otra parte.

Tisbea: Necio estás.

Catalinón: Quiero besarte las manos de nieve fría.

Tisbea: Ve a llamar los pescadores que en aquella choza están.

Catalinón: ¿Y si los llamo, ¿vendrán?

Tisbea: Vendrán presto, no lo ignores. ¿Quién es este caballero?

Catalinón: Es hijo aqueste señor del camarero mayor del rey, por quien ser espero antes de seis días Conde en Sevilla, a donde va, y adonde su alteza está, si a mi amistad corresponde.

Tisbea: ¿Cómo se llama?

Catalinón: don Juan Tenorio.

Tisbea: Llama mi gente.

Catalinón: Ya voy.

Vase Catalinón. Coge en el regazo Tisbea a don Juan.

Tisbea: Mancebo excelente, gallardo, noble y galán. Volved en vos, caballero.

Don Juan: ¿Dónde estoy?

Tisbea: Ya podéis ver, en brazos de una mujer.

Don Juan: Vivo en vos, si en el mar muero. Ya perdí todo el recelo que me pudiera anegar, pues del infierno del mar salgo a vuestro claro cielo.

Un espantoso huracán dio con mi nave al través, para arrojarme a esos pies, que abrigo y puerto me dan, y en vuestro divino oriente renazco, y no hay que espantar, pues veis que hay de amar a mar una letra solamente.

Tisbea: Muy grande aliento tenéis para venir sin aliento, y tras de tanto tormento, mucho contento ofrecéis; pero si es tormento el mar, y son sus ondas crueles, la fuerza de los cordeles, pienso que os hacen hablar.

Sin duda que habéis bebido del mar la ración pasada, pues por ser de agua salada con tan grande sal ha sido. Mucho habláis cuando no habláis, y cuando muerto venís, mucho al parecer sentís, plega a Dios que no mintáis.

Parecéis caballo griego, que el mar a mis pies desagua, pues venís formado de agua, y estáis preñado de fuego. Y si mojado abrasáis, estando enjuto, ¿qué haréis? Mucho fuego prometéis, plega a Dios que no mintáis.

Don Juan: A Dios, zagala, pluguiera que en el agua me anegara, para que cuerdo acabara, y loco en vos no muriera; que el mar pudiera anegarme entre sus olas de plata, que sus límites desata, mas no pudiera abrasarme.

Gran parte del sol mostráis, pues que el sol os da licencia, pues sólo con la apariencia, siendo de nieve abrasáis.

Tisbea: Por más helado que estáis, tanto fuego en vos tenéis, que en este mío os ardéis, plega a Dios que no mintáis.

Salen Catalinón, Coridón y Anfriso, pescadores.

Catalinón: Ya vienen todos aquí.

Tisbea: Y ya está tu fuego vivo.

Don Juan: Con tu presencia recibo el aliento que perdí.

Coridón: ¿Qué nos mandas?

Tisbea: Coridón, Anfriso, amigos

Coridón: Todos buscamos por varios modos esta dichosa ocasión. Di qué nos mandas, Tisbea, que por labios de clavel no lo habrás mandado a aquél que idolatrarte desea, apenas, cuando al momento, sin reservar llanto, o sierra, surque el mar, are la tierra, tale el fuego y pare el viento.

Tisbea: ¡Oh, qué mal me parecían estas lisonjas ayer, y hoy echo en ellas de ver que sus labios no mentían!

Estando, amigos, pescando sobre este peñasco, vi hundirse una nave allí, y entre las olas nadando dos hombres, y compasiva di voces que nadie oyó; y en tanta aflicción llegó libre de la furia esquiva del

mar, sin vida a la arena, de éste en los hombros cargado, un hidalgo, ya anegado; y envuelta en tan triste pena, a llamaros envié.

Anfriso: Pues aquí todos estamos, manda que en tu gusto hagamos, lo que pensado no fue.

Tisbea: Que a mi choza los llevemos quiero, donde agradecidos reparemos sus vestidos y a ellos los regalemos, que mi padre gusta mucho de esta debida piedad.

Catalinón: Extremada es su beldad.

Don Juan: Escucha aparte.

Catalinón: Ya escucho.

Don Juan: Si te pregunta quién soy, di que no sabes.

Catalinón: ¿A mí quieres advertirme aquí lo que he de hacer?

Don Juan: Muerto voy por la hermosa pescadora. Esta noche he de gozalla.

Catalinón: ¿De qué suerte?

Don Juan: Ven y calla.

Coridón: Anfriso, dentro de un hora los pescadores prevén que canten y bailen.

Anfriso: Vamos, y esta noche nos hagamos rajas, y palos también.

Don Juan: Muerto soy.

Tisbea: ¿Cómo, si andáis?

Don Juan: Ando en pena, como veis.

Tisbea: Mucho habláis.

Don Juan: Mucho encendéis.

Tisbea: Plega a Dios que no mintáis.

Vanse todos. Salen don Gonzalo de Ulloa y el Rey don Alfonso de Castilla.

Rey: ¿Cómo os ha sucedido en la embajada, comendador mayor?

Don Gonzalo: Hallé en Lisboa al rey don Juan tu primo, previniendo treinta naves de armada.

Rey: ¿Y para dónde?

Don Gonzalo: Para Goa me dijo, mas yo entiendo que a otra empresa más fácil apercibe; a Ceuta, o Tánger pienso que pretende cercar este verano.

Rey: Dios le ayude, y premie el cielo de aumentar su gloria. ¿Qué es lo que concertasteis?

Don Gonzalo: Señor, pide a Cerpa, y Mora, y Olivencia, y Toro, y por eso te vuelve a Villaverde, al Almendral, a Mértola, y Herrera entre Castilla y Portugal.

Rey: Al punto se firman los conciertos, don Gonzalo; mas decidme primero cómo ha ido en el camino, que vendréis cansado, y alcanzado también.

Don Gonzalo: Para serviros, nunca, señor, me canso.

Rey: ¿Es buena tierra Lisboa?

Don Gonzalo: La mayor ciudad de España. Y si mandas que diga lo que he visto de lo exterior y célebre, en un punto en tu presencia te podré un retrato.

Rey: Gustaré de oíllo. Dadme silla.

Don Gonzalo: Es Lisboa una octava maravilla. De las entrañas de España, que son las tierras de Cuenca, nace el caudaloso Tajo, que media España atraviesa.

Entra en el mar Océano, en las sagradas riberas de esta ciudad por la parte del sur; mas antes que pierda su curso y su claro nombre hace un cuarto entre dos sierras donde están de todo el orbe barcas, naves, carabelas.

Hay galeras y saetías, tantas que desde la tierra para una gran ciudad adonde Neptuno reina. A la parte del poniente, guardan del puerto dos fuerzas, de Cascaes y Sangián, las más fuertes de la tierra.

Está de esta gran ciudad, poco más de media legua, Belén, convento del santo conocido por la piedra y por el león de guarda, donde los reyes y reinas, católicos y cristianos, tienen sus casas perpetuas. Luego esta máquina insigne, desde Alcántara comienza una gran legua a tenderse al convento de Jabregas.

En medio está el valle hermoso coronado de tres cuestas, que quedara corto Apeles cuando pintarlas quisiera, porque miradas de lejos parecen piñas de perlas, que están pendientes del cielo, en cuya grandeza inmensa se ven diez Romas cifradas en conventos y en iglesias, en edificios y calles, en solares y encomiendas, en las letras y en las armas, en la justicia tan recta, y en una Misericordia, que está honrando su ribera, y pudiera honrar a España, y aun enseñar a tenerla.

Y en lo que yo más alabo de esta máquina soberbia, es que del mismo castillo, en distancia de seis leguas, se ven sesenta lugares que llega el mar a sus puertas, uno de los cuales es el Convento de Olivelas, en el cual vi por mis ojos seiscientas y treinta celdas, y entre monjas y beatas, pasan de mil y doscientas.

Tiene desde allí a Lisboa, en distancia muy pequeña, mil y ciento y treinta quintas, que en nuestra provincia Bética llaman cortijos, y todas con sus huertos y alamedas.

En medio de la ciudad hay una plaza soberbia, que se llama del Ruzío, grande, hermosa, y bien dispuesta, que habrá cien años y aun

más que el mar bañaba su arena, y agora de ella a la mar, hay treinta mil casas hechas, que perdiendo el mar su curso, se tendió a partes diversas.

Tiene una calle que llaman Rúa Nova, o calle nueva, donde se cifra el oriente en grandezas y riquezas, tanto que el rey me contó que hay un mercader en ella, que por no poder contarlo, mide el dinero a fanegas.

El terrero, donde tiene Portugal su casa regia tiene infinitos navíos, varados siempre en la tierra, de solo cebada y trigo, de Francia y Inglaterra.

Pues, el palacio real, que el Tajo sus manos besa, es edificio de Ulises, que basta para grandeza, de quien toma la ciudad nombre en la latina lengua, llamándose Ulisibona, cuyas armas son la esfera, por pedestal de las llagas, que, en la batalla sangrienta, al rey don Alfonso Enríquez dio la majestad inmensa.

Tiene en su gran Tarazana diversas naves, y entre ellas las naves de la conquista, tan grandes, que de la tierra miradas, juzgan los hombres que tocan en las estrellas.

Y lo que de esta ciudad te cuento por excelencia, es, que estando sus vecinos comiendo, desde las mesas, ven los copos del pescado que junto a sus puertas pescan que, bullendo entre las redes, vienen a entrarse por ellas.

Y sobre todo el llegar cada tarde a su ribera más de mil barcos cargados de mercancías diversas, y de sustento ordinario, pan, aceite, vino y leña, frutas de infinita suerte, nieve de sierra de Estrella, que por las calles a gritos, puesta sobre las cabezas, la venden; mas, ¿qué me canso?, porque es contar las estrellas, querer contar una parte de la ciudad opulenta.

Ciento y treinta mil vecinos tiene, gran señor, por cuenta, y por no cansarte más, un rey que tus manos besa.

Rey: Más estimo, don Gonzalo, escuchar de vuestra lengua esa relación sucinta, que haber visto su grandeza. ¿Tenéis hijos?

Don Gonzalo: Gran señor, una hija hermosa y bella, en cuyo rostro divino se esmeró naturaleza.

Rey: Pues yo os la quiero casar de mi mano.

Don Gonzalo: Como sea tu gusto, digo, señor, que yo la acepto por ella; pero ¿quién es el esposo?

Rey: Aunque no está en esta tierra, es de Sevilla, y se llama don Juan Tenorio.

Don Gonzalo: Las nuevas voy a llevar a doña Ana.

Rey: Id en buena hora, y volved, Gonzalo, con la respuesta.

Vanse todos. Salen don Juan Tenorio y Catalinón.

Don Juan: Esas dos yeguas prevén, pues acomodadas son.

Catalinón: Aunque soy Catalinón, soy, señor, hombre de bien, que no se dijo por mí, "Catalinón es el hombre," que sabes que aquese nombre me asienta al revés aquí.

Don Juan: Mientras que los pescadores van de regocijo y fiesta, tú las dos yeguas apresta, que de sus pies voladores, sólo nuestro engaño fío.

Catalinón: ¿Al fin pretendes gozar a Tisbea?

Don Juan: Si el burlar es hábito antiguo mío, ¿qué me preguntas, sabiendo mi condición?

Catalinón: Ya sé que eres castigo de las mujeres.

Don Juan: Por Tisbea estoy muriendo, que es buena moza.

Catalinón: Buen pago a su hospedaje deseas.

Don Juan: Necio, lo mismo hizo Eneas con la reina de Cartago.

Catalinón: Los que fingís y engañáis las mujeres de esa suerte, lo pagaréis en la muerte.

Don Juan: ¡Qué largo me lo fiáis! Catalinón con razón te llaman.

Catalinón: Tus pareceres sigue, que en burlar mujeres quiero ser Catalinón. Ya viene la desdichada.

Don Juan: Vete, y las yeguas prevén.

Catalinón: Pobre mujer, harto bien te pagamos la posada.

Vase Catalinón y sale Tisbea.

Tisbea: El rato que sin ti estoy estoy ajena de mí.

Don Juan: Por lo que finges ansí, ningún crédito te doy.

Tisbea: ¿Por qué?

Don Juan: Porque si me amaras mi alma favorecieras.

Tisbea: Tuya soy.

Don Juan: Pues, di, ¿qué esperas? ¿O en qué, señora, reparas?

Tisbea: Reparo en que fue castigo de amor el que he hallado en ti.

Don Juan: Si vivo, mi bien, en ti, a cualquier cosa me obligo, aunque yo sepa perder en tu servicio la vida, la diera por bien perdida, y te prometo de ser tu esposo.

Tisbea: Soy desigual a tu ser.

Don Juan: Amor es rey que iguala con justa ley la seda con el sayal.

Tisbea: Casi te quiero creer, mas sois los hombres traidores.

Don Juan: ¿Posible es, mi bien, que ignores mi amoroso proceder? Hoy prendes con tus cabellos mi alma.

Tisbea: Ya a ti me allano, bajo la palabra y mano de esposo.

Don Juan: Juro, ojos bellos, que mirando me matáis, de ser vuestro esposo.

Tisbea: Advierte, mi bien, que hay Dios y que hay muerte.

Don Juan: ¡Qué largo me lo fiáis! Ojos bellos, mientras viva yo vuestro esclavo seré, ésta es mi mano y mi fe.

Tisbea: No seré en pagarte esquiva.

Don Juan: Ya en mí mismo no sosiego.

Tisbea: Ven, y será la cabaña del amor que me acompaña, tálamo de nuestro fuego. Entre estas cañas te esconde, hasta que tenga lugar.

Don Juan: ¿Por dónde tengo de entrar?

Tisbea: Ven, y te diré por dónde.

Don Juan: Gloria al alma, mi bien, dais.

Tisbea: Esa voluntad te obligue, y si no, Dios te castigue.

Don Juan: ¡Qué largo me lo fiáis!

Vanse y salen Coridón, Anfriso, Belisa y Músicos.

Coridón: Ea, llamad a Tisbea, y las zagalas llamad, para que en la soledad el huésped la corte vea.

Anfriso: ¡Tisbea, Lucindo, Antandra! No vi cosa más cruel, triste y mísero de aquél que en su fuego es salamandra. Antes que el baile empecemos, a Tisbea prevengamos.

Belisa: Vamos a llamarla.

Coridón: Vamos.

Belisa: A su cabaña lleguemos.

Coridón: ¿No ves que estará ocupada con los huéspedes dichosos, de quien hay mil envidiosos?

Anfriso: Siempre es Tisbea envidiada.

Belisa: Cantad algo mientras viene, porque queremos bailar.

Anfriso: ¿Cómo podrá descansar cuidado que celos tiene? Cantan.

Músicos: "A pescar sale la niña, tendiendo redes, y en lugar de pececillos, las almas prende."

Sale Tisbea.

Tisbea: ¡Fuego, fuego, que me quemo, que mi cabaña se abrasa! Repicad a fuego, amigos, que ya dan mis ojos agua.

Mi pobre edificio queda hecho otra Troya en las llamas, que después que faltan Troyas, quiere amor quemar cabañas; mas si amor abrasa peñas, con gran ira, fuerza extraña, mal podrán de su rigor reservarse humildes pajas. ¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua! Amor, clemencia, que se abrasa el alma.

¡Ay choza, vil instrumento de mi deshonra y mi infamia! ¡Cueva de ladrones fiera, que mis agravios amparas! Rayos de ardientes estrellas en tus cabelleras caigan, porque abrasadas estén, si del viento mal peinadas. ¡Ah falso huésped, que dejas una mujer deshonrada! Nube que del mar salió, para anegar mis entrañas.

¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua! Amor, clemencia, que se abrasa el alma. Yo soy la que hacía siempre de los hombres burla tanta. ¡Que siempre las que hacen burla, vienen a quedar burladas! Engañome el caballero debajo de fe y palabra de marido, y profanó mi honestidad y mi cama.

Gozome al fin, y yo propia le di a su rigor las alas, en dos yeguas que crié, con que me burló y se escapa. Seguidle todos, seguidle, mas no importa que se vaya, que en la presencia del rey tengo de pedir venganza. ¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua!

Amor, clemencia, que se abrasa el alma

Vase Tisbea.

Coridón: Seguid al vil caballero.

Anfriso: Triste del que pena y calla, mas vive el cielo que en él me he de vengar de esta ingrata. Vamos tras ella nosotros, porque va desesperada, y podrá ser que ella vaya buscando mayor desgracia.

Coridón: Tal fin la soberbia tiene, su locura y confianza paró en esto.

Dentro se oye gritando Tisbea "¡Fuego, fuego!".

Anfriso: Al mar se arroja.

Coridón: Tisbea, detente y para.

Tisbea: ¡Fuego, zagales, fuego, agua, agua! Amor, clemencia, que se abrasa el alma.

Acto segundo

Salen el Rey y don Diego Tenorio, el viejo.

Rey: ¿Qué me dices?

Tenorio: Señor, la verdad digo. Por esta carta estoy del caso cierto, que es de tu embajador y de mi hermano. Halláronle en la cuadra del rey mismo con una hermosa dama de palacio.

Rey: ¿Qué calidad?

Tenorio: Señor, es la duquesa Isabela.

Rey: ¿Isabela?

Tenorio: Por lo menos

Rey: ¡Atrevimiento temerario! ¿Y dónde ahora está?

Tenorio: Señor, a vuestra alteza no he de encubrille la verdad. Anoche a Sevilla llegó con un criado.

Rey: Ya conocéis, Tenorio, que os estimo, y al rey informaré del caso luego, casando a ese rapaz con Isabela, volviendo a su sosiego al duque Octavio, que inocente padece; y luego al punto haced que don Juan salga desterrado.

Tenorio: ¿Adónde, mi señor?

Rey: Mi enojo vea en el destierro de Sevilla. Salga a Lebrija esta noche, y agradezca sólo al merecimiento de su padre Pero decid, don Diego, ¿qué diremos a Gonzalo de Ulloa, sin que erremos? Casele con su hija, y no sé cómo lo puedo ahora remediar.

Tenorio: Pues mira, gran señor, qué mandas que yo haga que esté bien al honor de esta señora, hija de un padre tal.

Rey: Un medio tomo con que absolvello del enojo entiendo: Mayordomo mayor pretendo hacelle. Sale un criado

Criado: Un caballero llega de camino, y dice, señor, que es el duque Octavio.

Rey: ¿El duque Octavio?

Criado: Sí, señor.

Rey: Sin duda que supo de don Juan el desatino, y que viene, incitado a la venganza, a pedir que le otorgue desafío.

Tenorio: Gran señor, en tus heroicas manos está mi vida, que mi vida propia es la vida de un hijo inobediente; que, aunque mozo, gallardo y veleroso, y le llaman los mozos de su tiempo el Héctor de Sevilla, porque ha hecho tantas y tan extrañas mocedades, la razón puede mucho.

No permitas el desafío, si es posible.

Rey: Basta. Ya os entiendo, Tenorio: honor de padre. Entre el duque.

Tenorio: Señor, dame esas plantas. ¿Cómo podré pagar mercedes tantas?

Sale el duque Octavio, de camino.

Octavio: A esos pies, gran señor, un peregrino mísero y desterrado, ofrece el labio, juzgando por más fácil el camino en vuestra gran presencia, el duque Octavio. Huyendo vengo el fiero desatino de una mujer, el no pensado agravio de un caballero, que la causa ha sido de que así a vuestros pies haya venido..

Rey: Ya, duque Octavio, sé vuestra inocencia, y al rey escribiré que os restituya en vuestro estado, puesto que el ausencia que hicisteis, algún daño os atribuya.

Yo os casaré en Sevilla, con licencia del rey, y con perdón y gracia suya que puesto que Isabela un ángel sea, mirando la que os doy, ha de ser fea. Comendador mayor de Calatrava es Gonzalo de Ulloa, un caballero a quien el moro por temor alaba, que siempre es el cobarde lisonjero.

Éste tiene una hija, en quien bastaba en dote la virtud, que considero, después de la beldad, que es maravilla y el sol de las estrellas de Sevilla. Ésta quiero que sea vuestra esposa.

Octavio: Cuando yo este viaje le emprendiera sólo a eso, mi suerte era dichosa, sabiendo yo que vuestro gusto fuera.

Rey: Hospedaréis al duque, sin que cosa en su regalo falte.

Octavio: Quien espera en vos, señor, saldrá de premios lleno. Primero Alfonso sois, siendo el onceno.

Vanse el Rey y don Diego Tenorio, y sale Ripio.

Ripio: ¿Qué ha sucedido?

Octavio: Que he dado el trabajo recibido, conforme me ha sucedido, desde hoy por bien empleado. Hablé al rey, viome y honrome, César con él César fui, pues vi, peleé y vencí, y ya hace que esposa tome de su mano, y se prefiere a desenojar al rey en la fulminada ley.

Ripio: Con razón el nombre adquiere de generoso en Castilla. ¿Al fin te llegó a ofrecer mujer?

Octavio: Sí, amigo, y mujer de Sevilla, que Sevilla da, si averiguarlo quieres, porque de oíllo te asombres, si fuertes y airosos hombres, también gallardas mujeres. Un manto tapado, un brío, donde un puro sol se esconde, si no es en Sevilla, ¿adónde se admite?

El contento mío es tal que ya me consuela en mi mal.

Salen Catalinón y don Juan.

Catalinón: Señor, detente, que aquí está el duque, inocente sagitario de Isabela, aunque mejor le diré capricornio.

Don Juan: Disimula.

Catalinón: Cuando le vende, le adula.

Don Juan: Como a Nápoles dejé por enviarme a llamar con tanta prisa mi rey, y como su gusto es ley, no tuve, Octavio, lugar de despedirme de vos de ningún modo.

Octavio: Por eso, don Juan amigo, os confieso, que hoy nos juntamos los dos en Sevilla.

Don Juan: ¿Quién pensara, duque, que en Sevilla os viera; ¿vos Puzol, vos la Ribera, desde Parténope clara dejáis? Aunque es un lugar Nápoles tan excelente, por Sevilla solamente se puede, amigo, dejar.

Octavio: Si en Nápoles os oyera, y no en la parte en que estoy, del crédito que ahora os doy sospecho que me riera. Mas, llegándola a habitar, es, por lo mucho que alcanza corta, cualquier alabanza que a Sevilla queráis dar, ¿quién es el que viene allí?

Don Juan: El que viene es el marqués de la Mota.

Octavio: Descortés es fuerza ser.

Don Juan: Si de mí algo hubiereis menester, aquí espada y brazo está.

Catalinón: (Y si importa gozará en su nombre otra mujer, que tiene buena opinión).

Octavio: De vos estoy satisfecho.

Catalinón: Si fuere de algún provecho, señores, Catalinón, vuarcedes continuamente me hallarán para servillos.

Ripio: ¿Y dónde?

Catalinón: En los Pajarillos, tabernáculo excelente.

Vanse Octavio y Ripio y salen el marqués de la Mota y su Criado.

Mota: Todo hoy os ando buscando, y no os he podido hallar. ¿Vos, don Juan, en el lugar, y vuestro amigo penando en vuestra ausencia?

Don Juan: Por Dios, amigo, que me debéis esa merced que me hacéis.

Catalinón: (Como no le entreguéis vos moza o cosa que lo valga, bien podéis fiaros de él, que en cuanto a esto es cruel, tiene condición hidalga).

Don Juan: ¿Qué hay de Sevilla?

Mota: Está ya toda esta corte mudada.

Don Juan: ¿Mujeres?

Mota: Cosa juzgada.

Don Juan: ¿Inés?

Mota: A Bejel se va.

Don Juan: Buen lugar para vivir la que tan dama nació.

Mota: El tiempo la desterró a Bejel.

Don Juan: Irá a morir. ¿Constanza?

Mota: Es lástima vella lampiña de frente y ceja, llámala el portugués vieja, y ella imagina que bella.

Don Juan: Sí, que "velha" en portugués suena "vieja" en castellano. ¿Y Teodora?

Mota: Este verano se escapó del mal francés por un río de sudores, y está tan tierna y reciente que anteayer me arrojó un diente envuelto entre muchas flores.

Don Juan: ¿Julia, la del Candilejo?

Mota: Ya con sus afeites lucha.

Don Juan: ¿Véndese siempre por trucha?

Mota: Ya se da por abadejo.

Don Juan: ¿El barrio de Cantarranas tiene buena población?

Mota: Ranas las más de ellas son.

Don Juan: ¿Y viven las dos hermanas?

Mota: Y la mona de Tolú de su madre Celestina, que les enseña doctrina.

Don Juan: ¡Oh, vieja de Belcebú! ¿Cómo la mayor está?

Mota: Blanca, y sin blanca ninguna. Tiene un santo a quien ayuna.

Don Juan: ¿Agora en vigilias da?

Mota: Es firme y santa mujer.

Don Juan: ¿Y esotra?

Mota: Mejor principio tiene; no desecha ripio.

Don Juan: Buen albañir quiere ser. Marqués, ¿qué hay de perros muertos?

Mota: Yo y don Pedro de Esquivel dimos anoche uno cruel, y esta noche tengo ciertos otros dos.

Don Juan: Iré con vos, que también recorreré ciertos nidos que dejé en huevos para los dos. ¿Qué hay de terrero?

Mota: No muero en terrero, que enterrado me tiene mayor cuidado.

Don Juan: ¿Cómo?

Mota: Un imposible quiero.

Don Juan: Pues, ¿no os corresponde?

Mota: Sí, me favorece y me estima.

Don Juan: ¿Quién es?

Mota: Doña Ana, mi prima, que es recién llegada aquí.

Don Juan: Pues, ¿dónde ha estado?

Mota: En Lisboa, con su padre en la embajada.

Don Juan: ¿Es hermosa?

Mota: Es extremada, porque en doña Ana de Ulloa se extremó Naturaleza.

Don Juan: ¿Tan bella es esa mujer? ¡Vive Dios que la he de ver!

Mota: Veréis la mayor belleza que los ojos del sol ven.

Don Juan: Casaos, si es tan extremada.

Mota: El rey la tiene casada y no se sabe con quién.

Don Juan: ¿No os favorece?

Mota: Y me escribe.

Catalinón: (No prosigas, que te engaña el gran burlador de España).

Don Juan: Quien tan satisfecho vive de su amor, ¿desdichas teme? Sacadla, solicitadla, escribidla, y engañadla, y el mundo se abrase y queme.

Mota: Agora estoy esperando la postrer resolución.

Don Juan: Pues no perdáis la ocasión, que aquí os estoy aguardando.

Mota: Ya vuelvo.

Catalinón: Señor cuadrado, o señor redondo, adiós.

Criado: Adiós.

Vanse el marqués de la Mota y su Criado.

Don Juan: Pues solos los dos, amigo, habemos quedado, los pasos sigue al marqués, que en el palacio se entró.

Vase Catalinón, habla por una reja una Mujer.

Mujer: Ce, ¿a quién digo?

Don Juan: ¿Quién llamó?

Mujer: Si sois prudente y cortés, y su amigo, dadle luego al marqués este papel; mirad que consiste en él de una señora el sosiego.

Don Juan: Digo que se lo daré, soy su amigo y caballero.

Mujer: Basta, señor forastero, adiós.

Vase la Mujer.

Don Juan: Ya la voz se fue. ¿No parece encantamiento esto que agora ha pasado? A mí el papel ha llegado por la estafeta del viento. Sin duda que es de la dama que el marqués me ha encarecido. Venturoso en esto he sido.

Sevilla a voces me llama el burlador, y el mayor gusto que en mí puede haber es burlar una mujer y dejarla sin honor. Vive Dios que le he de abrir, pues salí de la plazuela. Mas ¿si hubiese otra cautela? Gana me da de reír.

Ya está abierto el papel, y que es suyo es cosa llana, porque aquí firma doña Ana. Dice así: "Mi padre infiel en secreto me ha casado, sin poderme resistir. No sé si podré vivir, porque la muerte me ha dado.

Si estimas, como es razón, mi amor y mi voluntad, y si tu amor fue verdad, muéstralo en esta ocasión. Porque veas que te estimo, ven esta noche a la puerta, que estará a las once abierta, donde tu esperanza, primo, goces, y el fin de tu amor.

Traerás, mi gloria, por señas de Leonorilla y las dueñas una capa de color. Mi amor todo de ti fío, y adiós." ¡Desdichado amante! ¿Hay

suceso semejante? Ya de la burla me río. Gozarela, vive Dios, con el engaño y cautela que en Nápoles a Isabela.

Sale Catalinón.

Catalinón: Ya el marqués viene.

Don Juan: Los dos aquesta noche tenemos que hacer.

Catalinón: ¿Hay engaño nuevo?

Don Juan: ¡Extremado!

Catalinón: No lo apruebo. Tú pretendes que escapemos una vez, señor, burlados; que el que vive de burlar, burlado habrá de escapar pagando tantos pecados de una vez.

Don Juan: ¿Predicador te vuelves, impertinente?

Catalinón: La razón hace al valiente.

Don Juan: Y al cobarde hace el temor. El que se pone a servir, voluntad no ha de tener, y todo ha de ser hacer, y nada ha de ser decir. Sirviendo, jugando estás, y si quieres ganar luego, haz siempre, porque en el juego quien más hace, gana más.

Catalinón: Y también quien hace y dice topa y pierde en cualquier parte.

Don Juan: Esta vez quiero avisarte porque otra vez no te avise.

Catalinón: Digo que de aquí adelante lo que me mandes haré, y a tu lado forzaré un tigre y un elefante; guárdese de mí un prior que si me mandas que calle, y le fuerce, he de forzalle sin réplica, mi señor.

Sale el marqués de la Mota.

Don Juan: Calla, que viene el marqués.

Catalinón: ¿Pues, ha de ser el forzado?

Don Juan: Para vos, marqués, me han dado un recado harto cortés, por esa reja, sin ver el que me lo daba allí. Sólo en la voz conocí que me lo daba mujer.

Dícete al fin, que a las doce vayas secreto a la puerta, que estará a las once abierta, donde tu esperanza goce la posesión de tu amor, y que llevases por señas de Leonorilla y las dueñas, una capa de color.

Mota: ¿Qué decís?

Don Juan: Que este recado de una ventana me dieron, sin ver quién.

Mota: Con él pusieron sosiego en tanto cuidado. ¡Ay, amigo, sólo en ti mi esperanza renaciera! Dame esos pies.

Don Juan: Considera que no está tu prima en mí. ¿Eres tú quien ha de ser quien la tiene de gozar, y me llegas a abrazar los pies?

Mota: Es tal el placer que me ha sacado de mí. ¡Oh sol, apresura el paso!

Don Juan: Ya el sol camina al ocaso.

Mota: Vamos, amigo, de aquí, y de noche nos pondremos; loco voy.

Don Juan: Bien se conoce, mas yo bien sé que a las doce harás mayores extremos.

Mota: ¡Ay, prima del alma, prima, que quieres premiar mi fe!

Catalinón: (¡Vive Cristo que no dé una blanca por su prima!)

Vase el marqués de la Mota, y sale don Diego.

Don Diego: ¡Don Juan!

Catalinón: Tu padre te llama.

Don Juan: ¿Qué manda vueseñoría?

Don Diego: Verte más cuerdo quería, más bueno, y con mejor fama. ¿Es posible que procuras todas las horas mi muerte?

Don Juan: ¿Por qué vienes de esa suerte?

Don Diego: Por tu trato, y tus locuras. Al fin el rey me ha mandado que te eche de la ciudad, porque está de una maldad con justa causa indignado. Que aunque me lo has encubierto, ya en Sevilla el rey lo sabe, cuyo delito es tan grave, que a decírtelo no acierto.

¿En el palacio real traición, y con un amigo? Traidor, Dios te dé el castigo que pide delito igual. Mira que aunque al parecer Dios te consiente, y aguarda, tu castigo no se tarda, y que castigo ha de haber para los que profanáis su nombre, y que es juez fuerte Dios en la muerte.

Don Juan: ¿En la muerte? ¿Tan largo me lo fiáis? De aquí allá hay larga jornada.

Don Diego: Breve te ha de parecer.

Don Juan: Y la que tengo de hacer, pues a su alteza le agrada, agora, ¿es larga también?

Don Diego: Hasta que el injusto agravio satisfaga el duque Octavio, y apaciguados estén en Nápoles de Isabela los sucesos que has causado, en Lebrija retirado, por tu traición y cautela, quiere el rey que estés agora, pena a tu maldad ligera.

Catalinón: (Si el caso también supiera de la pobre pescadora, más se enojara el buen viejo).

Don Diego: Pues no te venzo y castigo con cuanto hago y cuanto digo, a Dios tu castigo dejo.

Vase don Diego.

Catalinón: Fuese el viejo enternecido.

Don Juan: Luego las lágrimas copia, condición de viejos propia, vamos, pues ha anochecido, a buscar al marqués.

Catalinón: Vamos, y al fin gozarás su dama.

Don Juan: Ha de ser burla de fama.

Catalinón: Ruego al cielo que salgamos de ella en paz.

Don Juan: ¡Catalinón, en fin!

Catalinón: Y tú, señor, eres langosta de las mujeres; ¡y con público pregón! Porque de ti se guardara, cuando a noticia viniera de la que doncella fuera, fuera bien se pregonara: "Guárdense todos de un hombre, que a las mujeres engaña, y es el burlador de España."

Don Juan: Tú me has dado gentil nombre.

Sale el marqués de la Mota, de noche, con Músicos y pasea el tablado, y se entran cantando.

Músicos: "El que un bien gozar espera cuando espera desespera."

Don Juan: ¿Qué es esto?

Catalinón: Música es.

Mota: Parece que habla conmigo el poeta. ¿Quién es?

Don Juan: Amigo.

Mota: ¿Es don Juan?

Don Juan: ¿Es el marqués?

Mota: ¿Quién puede ser sino yo?

Don Juan: Luego que la capa vi que érades vos conocí.

Mota: Cantad, pues don Juan llegó.

Músicos: "El que un bien gozar espera cuando espera desespera."

Don Juan: ¿Qué casa es la que miráis?

Mota: De don Gonzalo de Ulloa.

Don Juan: ¿Dónde iremos?

Mota: A Lisboa.

Don Juan: ¿Cómo, si en Sevilla estáis?

Mota: ¿Pues aqueso os maravilla? ¿No vive con gusto igual lo peor de Portugal en lo mejor de Sevilla?

Don Juan: ¿Dónde viven?

Mota: En la calle de la Sierpe, donde ves a Adán vuelto en portugués; que en aqueste amargo valle con bocados solicitan mil Evas; que aunque dorados, en efecto, son bocados con que las vidas nos quitan.

Catalinón: Ir de noche no quisiera por esa calle cruel, pues lo que de día en miel de noche lo dan en cera. Una noche, por mi mal, la vi sobre mí vertida, y hallé que era corrompida la cera de Portugal.

Don Juan: Mientras a la calle vais, yo dar un perro quisiera.

Mota: Pues cerca de aquí me espera un bravo.

Don Juan: Si me dejáis, señor marqués, vos veréis cómo de mí no se escapa.

Mota: Vamos, y poneos mi capa para que mejor lo deis.

Don Juan: Bien habéis dicho; venid y me enseñaréis la casa.

Mota: Mientras el suceso pasa, la voz y el habla fingid. ¿Veis aquella celosía?

Don Juan: Ya la veo.

Mota: Pues llegad, y decid "Beatriz," y entrad.

Don Juan: ¿Qué mujer?

Mota: Rosada, y fría.

Catalinón: Será mujer cantimplora.

Mota: En Gradas os aguardamos.

Don Juan: Adiós, marqués.

Catalinón: ¿Dónde vamos?

Don Juan: Adonde la burla agora; ejecute.

Catalinón: No se escapa nadie de ti.

Don Juan: El trueco adoro.

Catalinón: Echaste la capa al toro.

Don Juan: No, el toro me echó la capa.

Vanse don Juan y Catalinón.

Mota: La mujer ha de pensar que soy yo.

Músico: ¡Qué gentil perro!

Mota: Esto es acertar por yerro.

Músico: Todo este mundo es errar, que está compuesto de errores.

Mota: El alma en las horas tengo, y en sus cuartos me prevengo para mayores favores. ¡Ay, noche espantosa y fría, para que largos los goce, corre veloz a las doce, y después no venga el día!

Músico: ¿Adónde guía la danza?

Mota: Cal de la Sierpe guiad.

Músico: ¿Qué cantaremos?

Mota: Cantad lisonjas a mi esperanza.

Músicos: "El que un bien gozar espera, cuando espera desespera."

Vanse, y dice doña Ana dentro.

Ana: ¡Falso, no eres el marqués! ¡Que me has engañado!

Don Juan: Digo que lo soy.

Ana: Fiero enemigo, mientes, mientes.

Sale el comendador don Gonzalo, medio desnudo, con espada y rodela.

Don Gonzalo: La voz es de doña Ana la que siento.

Ana: ¿No hay quien mate este traidor homicida de mi honor?

Don Gonzalo: ¿Hay tan grande atrevimiento? "Muerto honor" dijo, ¡ay de mí!; y es su lengua tan liviana, que aquí sirve de campana.

Ana: ¡Matadle!

Salen don Juan y Catalinón, con las espadas desnudas.

Don Juan: ¿Quién está aquí?

Don Gonzalo: La barbacana caída de la torre de ese honor que has combatido, traidor, donde era alcaide la vida.

Don Juan: Déjame pasar.

Don Gonzalo: ¿Pasar? Por la punta de esta espada.

Don Juan: Morirás.

Don Gonzalo: No importa nada.

Don Juan: Mira que te he de matar.

Don Gonzalo: ¡Muere, traidor!

Don Juan: De esta suerte muero yo.

Catalinón: Si escapo de ésta, no más burlas, no más fiesta.

Don Gonzalo: ¡Ay, que me has dado la muerte! Mas, si el honor me quitaste, ¿de qué la vida servía?

Don Juan: ¡Huye!

Don Gonzalo: Aguarda, que es sangría, con que el valor me aumentaste; mas no es posible que aguarde Seguirale mi furor, que es traidor, y el que es traidor es traidor porque es cobarde.

Entran muerto a don Gonzalo, y sale el marqués de la Mota y Músicos.

Mota: Presto las doce darán y mucho don Juan se tarda, ¡fiera pensión del que aguarda!

Salen don Juan y Catalinón.

Don Juan: ¿Es el marqués?

Mota: ¿Es don Juan?

Don Juan: Yo soy, tomad vuestra capa.

Mota: ¿Y el perro?

Don Juan: Funesto ha sido; al fin, marqués, muerto ha habido.

Catalinón: Señor, del muerto te escapa.

Mota: ¿Burlásteisla?

Don Juan: Sí, burlé.

Catalinón: (Y aun a vos os ha burlado).

Don Juan: Caro la burla ha costado.

Mota: Yo, don Juan, lo pagaré, porque estará la mujer quejosa de mí.

Don Juan: Las doce darán.

Mota: Como mi bien goce nunca llegue a amanecer.

Don Juan: Adiós, marqués.

Catalinón: Muy buen lance el desdichado hallará.

Don Juan: Huyamos.

Catalinón: Señor, no habrá aguilita que me alcance.

Vanse don Juan y Catalinón.

Mota: Vosotros os podéis ir todos a casa, que yo he de ir solo.

Músico: Dios crió las noches para dormir.

Vanse los Músicos y dicen dentro.

Voces: ¿Viose desdicha mayor, y viose mayor desgracia?

Mota: ¡Válgame Dios! Voces oigo en la plaza del alcázar. ¿Qué puede ser a estas horas? Un hielo me baña el alma. Desde aquí parece todo una Troya que se abrasa, porque tantas hachas juntas paren gigantes de llamas.

Mas una escuadra de luces se acerca a mí, ¿Por qué anda el fuego emulando al sol, dividiéndose en escuadras? Quiero preguntar lo que es.

Sale don Diego Tenorio, y la guarda con hachas.

Don Diego: ¿Qué gente?

Mota: Gente que aguarda saber de aqueste alboroto la ocasión.

Don Diego: Ésta es la capa que dijo el comendador en las postreras palabras. Préndanle.

Mota: ¿Prenderme a mí?

Don Diego: Volved la espada a la vaina, que la mayor valentía es no tratar de las armas.

Mota: ¿Cómo al marqués de la Mota hablan ansí?

Don Diego: Dad la espada, que el rey os manda prender.

Mota: ¡Vive Dios!

Sale el Rey y acompañamiento.

Rey: En toda España no ha de caber, ni tampoco en Italia, si va a Italia.

Don Diego: Señor, aquí está el marqués.

Mota: ¿Vuestra alteza a mí me manda prender?

Rey: Llevadle y ponedle la cabeza en una escarpia. ¿En mi presencia te pones?

Mota: ¡Ah, glorias de amor tiranas, siempre en el pasar ligeras como en el vivir pesadas! Bien dijo un sabio, que había entre la boca y la taza peligro; mas el enojo del rey me admira y espanta. ¿No sabré por qué voy preso?

Don Diego: ¿Quién mejor sabrá la causa que vueseñoría?

Mota: ¿Yo?

Don Diego: Vamos.

Mota: Confusión extraña.

Rey: Fulmínesele el proceso al marqués luego, y mañana le cortarán la cabeza.

Y al comendador, con cuanta solemnidad y grandeza se da a las personas sacras y reales, el entierro se haga; en bronce y piedra párea, un sepulcro con un bulto le ofrezcan, donde en mosaicas labores, góticas letras den lenguas a su venganza. Y entierro, bulto y sepulcro quiero que a mi costa se haga;

¿dónde doña Ana se fue?

Don Diego: Fuese al sagrado doña Ana de mi señora la reina.

Rey: Ha de sentir esta falta Castilla. Tal capitán ha de llorar Calatrava.

Vanse todos. Sale Batricio desposado, con Aminta, Gaseno, viejo, Belisa y pastores, Músicos.

Músicos: "Lindo sale el sol de Abril, por trébol y torongil; y aunque le sirva de estrella, Aminta sale más bella."

Batricio: Sobre esta alfombra florida, adonde en campos de escarcha el sol sin aliento marcha con su luz recién nacida, os sentad, pues

no convida al tálamo el sitio hermoso.

Aminta: Cantadle a mi dulce esposo favores de mil en mil.

Músicos: "Lindo sale el sol de Abril, por trébol y torongil; y aunque le sirva de estrella, Aminta sale más bella."

Gaseno: Ya, Batricio, os he entregado el alma y ser en mi Aminta.

Batricio: Por eso se baña y pinta de más colores el prado. Con deseos la he ganado, con obras le he merecido.

Músicos: Tal mujer y tal marido vivan juntos años mil. "Lindo sale el sol de Abril, por trébol y torongil; y aunque le sirva de estrella, Aminta sale más bella."

Batricio: No sale así el sol de oriente como el sol que al alba sale, que no hay sol que al sol se iguale de sus niñas y su fuente, a este sol claro y luciente que eclipsa al sol su arrebol; y ansí cantadle a mi sol motetes de mil en mil.

Músicos: "Lindo sale el sol de Abril, por trébol y torongil; y aunque le sirva de estrella, Aminta sale más bella."

Aminta: Batricio, aunque lo agradezco, falso y lisonjero estás; mas si tus rayos me das por ti ser luna merezco. Tú eres el sol por quien crezco, después de salir menguante, para que al alba te cante la salva en tono sutil.

Músicos: "Lindo sale el sol de Abril, por trébol y torongil; y aunque le sirva de estrella, Aminta sale más bella."

Sale Catalinón, de camino.

Catalinón: Señores, el desposorio huéspedes ha de tener.

Gaseno: A todo el mundo ha de ser este contento notorio. ¿Quién viene?

Catalinón: don Juan Tenorio.

Gaseno: ¿El viejo?

Catalinón: No ése, don Juan.

Belisa: Será su hijo el galán.

Batricio: Téngolo por mal agüero; que galán y caballero quitan gusto, y celos dan. Pues, ¿quién noticia les dio de mis bodas?

Catalinón: De camino pasa a Lebrija.

Batricio: Imagino que el demonio le envió; mas ¿de qué me aflijo yo? Vengan a mis dulces bodas del mundo las gentes todas; mas, con todo, un caballero en mis bodas Mal agüero.

Gaseno: Venga el Coloso de Rodas, venga el Papa, el Preste Juan, y don Alfonso el onceno con su corte, que en Gaseno ánimo y valor verán. Montes en casa hay de pan, Guadalquivides de vino, Babilonias de tocino, y entre ejércitos cobardes de aves, para que las lardes, el pollo y el palomino.

Venga tan gran caballero a ser hoy en Dos Hermanas honra de estas nobles canas.

Belisa: Es hijo del camarero mayor.

Batricio: Todo es mal agüero para mí, pues le han de dar junto a mi esposa lugar. Aun no gozo, y ya los cielos me están condenando a celos. Amor, sufrir y callar.

Sale don Juan Tenorio.

Don Juan: Pasando acaso he sabido que hay bodas en el lugar, y de ellas quise gozar, pues tan venturoso he sido.

Gaseno: Vueseñoría ha venido a honrallas y engrandecellas.

Batricio: Yo que soy el dueño de ellas digo entre mí que vengáis en hora mala.

Gaseno: ¿No dais lugar a este caballero?

Don Juan: Con vuestra licencia quiero sentarme aquí. Siéntase junto a la novia.

Batricio: Si os sentáis delante de mí, señor, seréis de aquesa manera el novio.

Don Juan: Cuando lo fuera no escogiera lo peor.

Gaseno: ¡Que es el novio!

Don Juan: De mi error e ignorancia perdón pido.

Catalinón: ¡Desventurado marido!

Don Juan: Corrido está.

Catalinón: No lo ignoro, mas, si tiene de ser toro, ¿qué mucho que esté corrido? No daré por su mujer, ni por su honor un cornado. ¡Desdichado tú, que has dado en manos de Lucifer!

Don Juan: ¿Posible es que vengo a ser, señora, tan venturoso? Envidia tengo al esposo.

Aminta: Parecéisme lisonjero.

Batricio: Bien dije que es mal agüero en bodas un poderoso.

Don Juan: Hermosas manos tenéis para esposa de un villano.

Catalinón: Si al juego le dais la mano, vos la mano perderéis.

Batricio: Celos, muerte no me deis.

Gaseno: Ea, vamos a almorzar, porque pueda descansar un rato su señoría.

Tómale don Juan la mano a la novia.

Don Juan: ¿Por qué la escondéis?

Aminta: No es mía.

Gaseno: Ea, volved a cantar.

Don Juan: ¿Qué dices tú?

Catalinón: ¿Yo? Que temo muerte vil de esos villanos.

Don Juan: Buenos ojos, blancas manos, en ello me abraso y quemo.

Catalinón: Almagrar y echar a extremo; con ésta cuatro serán.

Don Juan: Ven, que mirándome están.

Batricio: ¿En mis bodas caballero? ¡Mal agüero!

Gaseno: Cantad.

Batricio: Muero.

Catalinón: Canten, que ellos llorarán

Músicos: "Lindo sale el sol de Abril, por trébol y torongil; y aunque le sirva de estrella, Aminta sale más bella."

Acto tercero

Sale Batricio pensativo.

Batricio: Celos, reloj de cuidados, que a todas las horas dais tormentos con que matáis, aunque andéis desconcertados; celos, del vivir desprecios con que ignorancias hacéis, pues todo lo que tenéis de ricos, tenéis de necios, dejadme de atormentar, pues es cosa tan sabida, que cuando amor me da vida, la muerte me queréis dar.

¿Qué me queréis, caballero, que me atormentáis ansí? Bien dije, cuando le vi en mis bodas: "Mal agüero." ¿No es bueno que se sentó a cenar con mi mujer, y a mí en el plato meter la mano no me dejó? Pues cada vez que quería metella, la desviaba, diciendo a cuanto tomaba:

"Grosería, grosería." No se apartó de su lado hasta cenar, de manera que todos pensaban que era yo padrino, él desposado. Y si decirle quería algo a mi esposa, gruñendo me la apartaba, diciendo: "Grosería, grosería." Pues llegándome a quejar a algunos me respondían, y con risa me decían: "No tenéis de qué os quejar.

Eso no es cosa que importe, no tenéis de qué temer, callad, que debe de ser uso de allá en la corte." Buen uso, trato extremado, más no se usara en Sodoma; que otro con la novia coma, y que ayune el desposado. Pues el otro bellacón, a cuanto comer quería, "¿Esto no coméis?" decía.

"No tenéis, señor, razón." Y de delante, al momento me lo quitaba. Corrido estoy, pienso que esto ha sido culebra, y no casamiento.

Ya no se puede sufrir ni entre cristianos pasar; y acabando de cenar con los dos, ¿mas que a dormir se ha de ir también, si porfía, con

nosotros, y ha de ser el llegar yo a mi mujer "Grosería, grosería?" Ya viene, no me resisto, aquí me quiero esconder, pero ya no puede ser, que imagino que me ha visto.

Sale don Juan Tenorio.

Don Juan: Batricio.

Batricio: Su señoría, ¿qué manda?

Don Juan: Haceros saber

Batricio: Mas que ha de venir a ser alguna desdicha mía.

Don Juan: Que ha muchos días, Batricio, que a Aminta el alma le di, y he gozado

Batricio: ¿Su honor?

Don Juan: Sí.

Batricio: Manifiesto y claro indicio de lo que he llegado a ver; que si bien no le quisiera, nunca a su casa viniera; al fin, al fin es mujer.

Don Juan: Al fin, Aminta celosa, o quizá desesperada de verse de mí olvidada, y de ajeno dueño esposa, esta carta me escribió enviándome a llamar, y yo prometí gozar lo que el alma prometió.

Esto pasa de esta suerte, dad a vuestra vida un medio, que le daré sin remedio, a quien lo impida la muerte.

Batricio: Si tú en mi elección lo pones, tu gusto pretendo hacer, que el honor y la mujer son males en opiniones.

La mujer en opinión, siempre más pierde que gana, que son como la campana que se estima por el son, Y ansí es cosa averiguada, que opinión viene a perder, cuando cualquiera mujer suena a campana quebrada.

No quiero, pues me reduces el bien que mi amor ordena, mujer entre mala y buena, que es moneda entre dos luces. Gózala, señor, mil

años, que yo quiero resistir, desengañar y morir, y no vivir con engaños.

Vase Batricio.

Don Juan: Con el honor le vencí, porque siempre los villanos tienen su honor en las manos, y siempre miran por sí; que por tantas variedades, es bien que se entienda y crea, que el honor se fue al aldea huyendo de las ciudades. Pero antes de hacer el daño le pretendo reparar.

A su padre voy a hablar, para autorizar mi engaño. Bien lo supe negociar; gozarla esta noche espero, la noche camina, y quiero su viejo padre llamar. Estrellas que me alumbráis, dadme en este engaño suerte, si el galardón en la muerte, tan largo me lo guardáis.

Vase don Juan. Salen Aminta y Belisa.

Belisa: Mira que vendrá tu esposo. Entra a desnudarte, Aminta.

Aminta: De estas infelices bodas no sé qué siento, Belisa. Todo hoy mi Batricio ha estado bañando en melancolía, todo en confusión y celos. ¡Mira qué grande desdicha! Di, ¿qué caballero es éste que de mi esposo me priva? La desvergüenza en España se ha hecho caballería.

Déjame, que estoy sin seso, déjame, que estoy perdida. ¡Mal hubiese el caballero que mis contentos me quita!

Belisa: Calla, que pienso que viene que nadie en la casa pisa de un desposado, tan recio.

Aminta: Queda a Dios, Belisa mía.

Belisa: Desenójale en los brazos.

Aminta: Plega a los cielos que sirvan mis suspiros de requiebros, mis lágrimas de caricias.

Vanse Aminta y Belisa. Salen don Juan, Catalinón y Gaseno.

Don Juan: Gaseno, quedad con Dios.

Gaseno: Acompañaros querría, por dalle de esta ventura el parabién a mi hija.

Don Juan: Tiempo mañana nos queda.

Gaseno: Bien decís, el alma mía en la muchacha os ofrezco.

Don Juan: Mi esposa decid.

Vase Gaseno.

Don Juan: Tú, ensilla, Catalinón.

Catalinón: ¿Para cuándo?

Don Juan: Para el alba que de risa muerte ha de salir mañana de este engaño.

Catalinón: Allá en Lebrija, señor, nos está aguardando otra boda. Por tu vida que despaches presto en ésta.

Don Juan: La burla más escogida de todas ha de ser ésta.

Catalinón: Que saliésemos querría de todas bien.

Don Juan: Si es mi padre el dueño de la justicia, y es la privanza del rey, ¿qué temes?

Catalinón: De los que privan suele Dios tomar venganza, si delitos no castigan, y se suelen en el juego perder también los que miran. Yo he sido mirón del tuyo y por mirón no querría que me cogiese algún rayo, y me trocase en cecina.

Don Juan: Vete, ensilla, que mañana he de dormir en Sevilla.

Catalinón: ¿En Sevilla?

Don Juan: Sí.

Catalinón: ¿Qué dices? Mira lo que has hecho, y mira que hasta la muerte, señor, es corta la mayor vida; y que hay tras la muerte

imperio.

Don Juan: Si tan largo me lo fías, vengan engaños.

Catalinón: ¡Señor!

Don Juan: Vete, que ya me amohinas con tus temores extraños.

Catalinón: Fuerza al turco, fuerza al scita, al persa, y al caramanto, al gallego, al troglodita, al alemán y al Japón, al sastre con la agujita de oro en mano, imitando continuo a la blanca niña.

Vase Catalinón.

Don Juan: La noche en negro silencio se extiende, y ya las cabrillas entre racimos de estrellas el polo más alto pisan. Yo quiero poner mi engaño por obra, el amor me guía a mi inclinación, de quien no hay hombre que se resista. Quiero llegar a la cama. Aminta.

Sale Aminta, como que está acostada.

Aminta: ¿Quién llama a Aminta? ¿Es mi Batricio?

Don Juan: No soy tu Batricio.

Aminta: Pues, ¿quién?

Don Juan: Mira de espacio, Aminta, quién soy.

Aminta: ¡Ay de mí! Yo soy perdida. ¿En mi aposento a estas horas?

Don Juan: Éstas son las horas mías.

Aminta: Volveos, que daré voces, no excedáis la cortesía que a mi Batricio se debe, ved que hay romanas Emilias en Dos Hermanas también, y hay Lucrecias vengativas.

Don Juan: Escúchame dos palabras, y esconde de las mejillas en el corazón la grana, por ti más preciosa y rica.

Aminta: Vete, que vendrá mi esposo.

Don Juan: Yo lo soy. ¿De qué te admiras?

Aminta: ¿Desde cuándo?

Don Juan: Desde agora.

Aminta: ¿Quién lo ha tratado?

Don Juan: Mi dicha.

Aminta: ¿Y quién nos casó?

Don Juan: Tus ojos.

Aminta: ¿Con qué poder?

Don Juan: Con la vista.

Aminta: ¿Sábelo Batricio?

Don Juan: Sí, que te olvida.

Aminta: ¿Que me olvida?

Don Juan: Sí, que yo te adoro.

Aminta: ¿Cómo?

Don Juan: Con mis dos brazos.

Aminta: Desvía.

Don Juan: ¿Cómo puedo, si es verdad que muero?

Aminta: ¡Qué gran mentira!

Don Juan: Aminta, escucha y sabrás, si quieres que te la diga, la verdad, si las mujeres sois de verdades amigas. Yo soy noble caballero, cabeza de la familia de los Tenorios antiguos, ganadores de Sevilla.

Mi padre, después del rey, se reverencia y se estima en la corte, y de sus labios penden las muertes y vidas. Torciendo el camino acaso, llegué a verte, que amor guía tal vez las cosas, de suerte que él mismo de ellas se admira.

Viíte, adorete, abraseme, tanto que tu amor me obliga a que contigo me case. Mira qué acción tan precisa.

Y aunque lo murmure el reino, y aunque el rey lo contradiga, y aunque mi padre enojado con amenazas lo impida, tu esposo tengo de ser, dando en tus ojos envidia a los que viere en su sangre la venganza que imagina.

Ya Batricio ha desistido de su acción, y aquí me envía tu padre a darte la mano. ¿Qué dices?

Aminta: No sé qué diga, que se encubren tus verdades con retóricas mentiras. Porque si estoy desposada, como es cosa conocida, con Batricio, el matrimonio no se absuelve, aunque él desista.

Don Juan: En no siendo consumado, por engaño o por malicia, puede anularse.

Aminta: Es verdad; mas ¡ay Dios!, que no querría que me dejases burlada, cuando mi esposo me quitas.

Don Juan: Ahora bien, dame esa mano, y esta voluntad confirma con ella.

Aminta: ¿Que no me engañas?

Don Juan: Mío el engaño sería.

Aminta: Pues jura que cumplirás la palabra prometida.

Don Juan: Juro a esta mano, señora, infierno de nieve fría, de cumplirte la palabra.

Aminta: Jura a Dios, que te maldiga si no la cumples.

Don Juan: Si acaso la palabra y la fe mía te faltare, ruego a Dios que a traición y a alevosía, me dé muerte un hombre (muerto, que vivo, Dios no permita).

Aminta: Pues con ese juramento soy tu esposa.

Don Juan: Al alma mía entre los brazos te ofrezco.

Aminta: Tuya es el alma y la vida.

Don Juan: ¡Ay, Aminta de mis ojos!, mañana sobre virillas de tersa plata, estrelladas con clavos de oro de Tíbar, pondrás los hermosos pies, y en prisión de gargantillas la alabastrina garganta, y los dedos en sortijas en cuyo engaste parezcan estrellas las amatistas; y en tus orejas pondrás transparentes perlas finas.

Aminta: A tu voluntad, esposo, la mía desde hoy se inclina. Tuya soy.

Don Juan: (¡Qué mal conoces al burlador de Sevilla!)

Vanse don Juan y Aminta. Salen Isabela y Fabio, de camino.

Isabela: Que me robase el sueño la prenda que estimaba, y más quería ¡Oh, riguroso empeño de la verdad! ¡Oh, máscara del día! ¡Noche al fin tenebrosa, antípoda del sol, del sueño esposa!

Fabio: ¿De qué sirve, Isabela, la tristeza en el alma y en los ojos, si amor todo es cautela y en campos de desdenes causa enojos, y el que se ríe agora, en breve espacio desventuras llora?

El mar está alterado, y en grave temporal, tiempo se corre; el abrigo han tomado las galeras, duquesa, de la torre que esta playa corona.

Isabela: ¿Adónde estamos, Fabio?

Fabio: En Tarragona. Y de aquí a poco espacio daremos en Valencia, ciudad bella, del mismo sol palacio, divertirase algunos días en ella; y después a Sevilla irás a ver la octava maravilla. Que si a Octavio perdiste más galán es don Juan, y de notorio solar. ¿De qué estás triste?

Conde dicen que es ya don Juan Tenorio, el rey con él te casa, y el padre es la privanza de su casa.

Isabela: No nace mi tristeza de ser esposa de don Juan, que el mundo conoce su nobleza; en la esparcida voz, mi agravio fundo, que esta opinión perdida he de llorar mientras tuviere vida.

Fabio: Allí una pescadora tiernamente suspira, y se lamenta, y dulcemente llora. Acá viene sin duda, y verte intenta. Mientras llamo a tu gente, lamentaréis las dos más dulcemente.

Vase Fabio, y sale Tisbea.

Tisbea: Robusto mar de España, ondas de fuego, fugitivas ondas, Troya de mi cabaña, que ya el fuego por mares y por ondas en sus abismos fragua y en el mar forma por las llamas de agua, ¡maldito el leño sea que a tu amargo cristal halló camino, y, antojo de Medea, tu cáñamo primero, o primer lino aspado de los vientos, para telas de engaños e instrumentos!

Isabela: ¿Por qué del mar te quejas tan tiernamente, hermosa pescadora?

Tisbea: Al mar formo mil quejas. Dichosa vos, que en su tormento agora de él os estás riendo.

Isabela: También quejas del mar estoy haciendo. ¿De dónde sois?

Tisbea: De aquellas cabañas que miráis del viento heridas, tan victorioso entre ellas, cuyas pobres paredes, desparcidas, van el pedazos graves, dándole mil graznidos ya las aves.

En sus pajas me dieron corazón de fortísimo diamante, mas las obras me hicieron de este monstruo que ves tan arrogante ablandarme, de suerte que al sol la cera es más robusta y fuerte. ¿Sois vos la Europa hermosa, que esos toros os llevan?

Isabela: A Sevilla llévanme a ser esposa contra mi voluntad.

Tisbea: Si mi mancilla a lástima os provoca, y si injurias del mar os tienen loca, en vuestra compañía para serviros como humilde esclava

me llevad, que querría, si el dolor o la afrenta no me acaba, pedir al rey justicia de un engaño cruel, de una malicia.

Del agua derrotado a esta tierra llegó un don Juan Tenorio difunto y anegado; amparele, hospedele en tan notorio peligro, y el vil huésped víbora fue a mi planta en tierno césped. Con palabra de esposo, la que de nuestra costa burla hacía, se rindió al engañoso. ¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

Fuese al fin y dejome, mira si es justo que venganza tome.

Isabela: ¡Calla, mujer maldita! ¡Vete de mi presencia, que me has muerto! Mas, si el dolor te incita no tienes culpa tú. Prosigue, ¿es cierto?

Tisbea: Tan claro es como el día.

Isabela: ¡Mal haya la mujer que en hombres fía! Pero sin duda el cielo a ver estas cabañas me ha traído, y de ti mi consuelo en tan grave pasión ha renacido para venganza mía. ¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

Tisbea: ¡Que me llevéis os ruego con vos, señora, a mí y a un viejo padre, porque de aqueste fuego la venganza me dé que más me cuadre, y al rey pida justicia de este engaño y traición, de esta malicia!

Anfriso, en cuyos brazos me pensé ver en tálamo dichoso, dándole eternos lazos, conmigo ha de ir, que quiere ser mi esposo.

Isabela: Ven en mi compañía.

Tisbea: ¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

Vanse Isabela y Tisbea. Salen don Juan y Catalinón.

Catalinón: Todo en mal estado está.

Don Juan: ¿Cómo?

Catalinón: Que Octavio ha sabido la traición de Italia ya, y el de la Mota ofendido de ti justas quejas da, y dice que fue el recado de su prima le diste fingido y disimulado, y con su capa emprendiste la traición que la ha infamado.

Dicen que viene Isabela a que seas su marido, y dicen

Don Juan: Calla.

Catalinón: Una muela en la boca me has rompido.

Don Juan: Hablador, ¿quién te revela tanto disparate junto?

Catalinón: ¿Disparate?

Don Juan: Disparate.

Catalinón: Verdades son.

Don Juan: No pregunto si lo son, cuando me mate Octavio, ¿estoy yo difunto? ¿No tengo manos también? ¿Dónde me tienes posada?

Catalinón: En calle oculta.

Don Juan: Está bien.

Catalinón: La iglesia es tierra sagrada.

Don Juan: Di que de día me den en ella la muerte. ¿Viste al novio de Dos Hermanas?

Catalinón: Allí le vi, ansiado y triste.

Don Juan: Aminta estas dos semanas no ha de caer en el chiste.

Catalinón: Tan bien engañada está que se llama doña Aminta.

Don Juan: Graciosa burla será.

Catalinón: Graciosa burla, y sucinta, mas ella la llorará.

Descúbrese un sepulcro de don Gonzalo de Ulloa.

Don Juan: ¿Qué sepulcro es éste?

Catalinón: Aquí con Gonzalo está enterrado.

Don Juan: Éste es a quien muerte di. Gran sepulcro le han labrado.

Catalinón: Ordenolo el rey ansí. ¿Cómo dice este letrero?

Don Juan: "Aquí aguarda del Señor el más leal caballero la venganza de un traidor." Del mote reírme quiero. Y, ¿habeisos vos de vengar, buen viejo, barbas de piedra?

Catalinón: No se las podrá pelar quien barbas tan fuertes medra.

Don Juan: Aquesta noche a cenar os aguardo en mi posada; allí el desafío haremos, si la venganza os agrada, aunque mal reñir podremos, si es de piedra vuestra espada.

Catalinón: Ya, señor, ha anochecido, vámonos a recoger.

Don Juan: Larga esta venganza ha sido; si es que vos la habéis de hacer, importa no estar dormido, que si a la muerte aguardáis la venganza, la esperanza agora es bien que perdáis, pues vuestro enojo, y venganza, tan largo me lo fiáis.

Vanse don Juan y Catalinón. Ponen la mesa dos criados.

Criado primero: Quiero apercibir la mesa que vendrá a cenar don Juan.

Criado segundo: Puestas las mesas están. ¡Qué flema tiene si empieza! Ya tarda como solía mi señor, no me contenta; la bebida se calienta, y la comida se enfría. Mas ¿quién a don Juan ordena esta desorden?

Entran don Juan y Catalinón.

Don Juan: ¿Cerraste?

Catalinón: Ya cerré como mandaste.

Don Juan: ¡Hola, tráiganme la cena!

Criado segundo: Ya está aquí.

Don Juan: Catalinón, siéntate.

Catalinón: Yo soy amigo de cenar de espacio.

Don Juan: Digo que te sientes.

Catalinón: La razón haré.

Criado primero: También es camino éste, si cena con él.

Don Juan: Siéntate.

Un golpe dentro.

Catalinón: Golpe es aquél.

Don Juan: Que llamaron imagino. Mira quién es.

Criado primero: Voy volando.

Catalinón: ¿Si es la justicia, señor?

Don Juan: Sea, no tengas temor.

Vuelve el Criado huyendo.

Don Juan: ¿Quién es? ¿De qué estás temblando?

Catalinón: De algún mal da testimonio.

Don Juan: Mal mi cólera resisto. Habla, responde, ¿qué has visto? ¿Asombrote algún demonio? Ve tú, y mira aquella puerta, presto, acaba.

Catalinón: ¿Yo?

Don Juan: Tú, pues, acaba, menea los pies.

Catalinón: A mi abuela hallaron muerta, como racimo colgada, y desde entonces se suena que anda siempre su alma en pena, tanto golpe no me agrada.

Don Juan: Acaba.

Catalinón: ¡Señor, si sabes que soy un Catalinón!

Don Juan: Acaba.

Catalinón: Fuerte ocasión.

Don Juan: ¿No vas?

Catalinón: ¿Quién tiene las llaves de la puerta?

Criado segundo: Con la aldaba está cerrada no más.

Don Juan: ¿Qué tienes? ¿Por qué no vas?

Catalinón: Hoy Catalinón acaba. Mas, ¿si las forzadas vienen a vengarse de los dos?

Llega Catalinón a la puerta, y viene corriendo, cae y levántase.

Don Juan: ¿Qué es eso?

Catalinón: ¡Válgame Dios, que me matan, que me tienen!

Don Juan: ¿Quién te tiene? ¿Quién te mata? ¿Qué has visto?

Catalinón: Señor, yo allí vide, cuando luego fui, quién me ase, quién me arrebata. Llegué, cuando después ciego, cuando vile, juro a Dios, habló, y dijo, ¿quién sois vos? Respondió, respondí. Luego, Topé y vide

Don Juan: ¿A quién?

Catalinón: No sé.

Don Juan: ¡Como el vino desatina! Dame la vela, gallina, y yo a quien llama veré.

Toma don Juan la vela, y llega a la puerta, sale al encuentro don Gonzalo, en la forma que estaba en el sepulcro, y don Juan se retira atrás turbado, empuñando la espada, y en la otra la vela, y don Gonzalo hacia él con pasos menudos, y al compás don Juan, retirándose, hasta estar en medio del teatro.

Don Juan: ¿Quién va?

Don Gonzalo: Yo soy.

Don Juan: ¿Quién sois vos?

Don Gonzalo: Soy el caballero honrado que a cenar has convidado.

Don Juan: Cena habrá para los dos, y si vienen más contigo, para todos cena habrá, ya puesta la mesa está. Siéntate.

Catalinón: ¡Dios sea conmigo, San Panuncio, San Antón! Pues ¿los muertos comen? Di. Por señas dice que sí.

Don Juan: Siéntate, Catalinón.

Catalinón: No señor, yo lo recibo por cenado.

Don Juan: Es desconcierto. ¿Qué temor tienes a un muerto? ¿Qué hicieras estando vivo? Necio y villano temor.

Catalinón: Cena con tu convidado, que yo, señor, ya he cenado.

Don Juan: ¿He de enojarme?

Catalinón: Señor, ¡vive Dios que huelo mal!

Don Juan: Llega, que aguardando estoy.

Catalinón: Yo pienso que muerto soy y está muerto mi arrabal.

Tiemblan los Criados.

Don Juan: Y vosotros, ¿qué decís y qué hacéis? Necio temblar.

Catalinón: Nunca quisiera cenar con gente de otro país. ¿Yo, señor, con convidado de piedra?

Don Juan: Necio temer. Si es piedra, ¿qué te ha de hacer?

Catalinón: Dejarme descalabrado.

Don Juan: Háblale con cortesía.

Catalinón: ¿Está bueno? ¿Es buena tierra la otra vida? ¿Es llano o sierra? ¿Préciase allá la poesía?

Criado primero: A todo dice que sí con la cabeza.

Catalinón: ¿Hay allá muchas tabernas? Sí habrá, si Noé reside allí.

Don Juan: ¡Hola, dadnos de cenar!

Catalinón: Señor muerto, ¿allá se bebe con nieve?

Baja la cabeza don Gonzalo.

Catalinón: Así que allá hay nieve; buen país.

Don Juan: Si oír cantar queréis, cantarán.

Baja la cabeza don Gonzalo.

Criado primero: Sí, dijo.

Don Juan: Cantad.

Catalinón: Tiene el señor muerto buen gusto.

Criado primero: Es noble por cierto, y amigo de regocijo. Cantan dentro.

Músicos: "Si de mi amar aguardáis, señora, de aquesta suerte, el galardón a la muerte, ¡qué largo me lo fiáis!"

Catalinón: O es sin duda veraniego el seor muerto, o debe ser hombre de poco comer. Temblando al plato me llego. Bebe. Poco beben por allá, yo beberé por los dos. Brindis de piedra, por Dios, menos temor tengo ya.

Músicos: "Si este plazo me convida para que serviros pueda, pues larga vida me queda, dejad que pase la vida. Si de mi amor aguardáis, señora, de aquesta suerte, el galardón a la muerte, ¡qué largo me lo fiáis!"

Catalinón: ¿Con cuál de tantas mujeres como has burlado, señor, hablan?

Don Juan: De todas me río, amigo, en esta ocasión. En Nápoles a Isabela burlé.

Catalinón: Ésa ya no es hoy burlada, porque se casa contigo, como es razón. Burlaste a la pescadora que del mar te redimió, pagándole el hospedaje en moneda de rigor. Burlaste a doña Ana

Don Juan: Calla, que hay parte aquí que lastó por ella, y vengarse aguarda.

Catalinón: Hombre es de mucho valor, que él es piedra, tú eres carne, no es buena resolución.

Gonzalo hace señas, que se quite la mesa, y queden solos.

Don Juan: Hola, quitad esa mesa, que hace señas que los dos nos quedemos, y se vayan los demás.

Catalinón: Malo, por Dios, no te quedes, porque hay muerto que mata de un mojicón a un gigante.

Don Juan: Salíos todos, a ser yo Catalinón. Vete. Vanse, y quedan los dos solos, y hace señas que cierre la puerta. ¿Qué cierre la puerta? Ya está cerrada, y ya estoy aguardando lo que quieres, sombra, fantasma o visión.

Si andas en pena, o si buscas alguna satisfacción, aquí estoy, dímelo a mí, que mi palabra te doy de hacer todo lo que ordenes. ¿Estás gozando de Dios? ¿Eres alma condenada o de la eterna región? ¿Dite la muerte en pecado? Habla, que aguardando estoy. Paso, como cosa del otro mundo.

Don Gonzalo: ¿Cumplirasme una palabra como caballero?

Don Juan: Honor tengo, y las palabras cumplo, porque caballero soy.

Don Gonzalo: Dame esa mano, no temas.

Don Juan: ¿Eso dices? ¿Yo temor? Si fueras el mismo infierno la mano te diera yo. Dale la mano.

Don Gonzalo: Bajo esa palabra y mano mañana a las diez, te estoy para cenar aguardando. ¿Irás?

Don Juan: Empresa mayor entendí que me pedías. Mañana tu huésped soy. ¿Dónde he de ir?

Don Gonzalo: A la capilla.

Don Juan: ¿Iré solo?

Don Gonzalo: No, id los dos, y cúmpleme la palabra como la he cumplido yo.

Don Juan: Digo que la cumpliré, que soy Tenorio.

Don Gonzalo: Y yo soy Ulloa.

Don Juan: Yo iré sin falta.

Don Gonzalo: Yo lo creo. Adiós.

Don Juan: Adiós. Va a la puerta. Aguarda, te alumbraré.

Don Gonzalo: No alumbres, que en gracia estoy.

Vase Gonzalo muy poco a poco, mirando a don Juan, y don Juan a él, hasta que desaparece, y queda don Juan con pavor.

Don Juan: ¡Válgame Dios! Todo el cuerpo se ha bañado de un sudor helado, y en las entrañas se me ha helado el corazón. Un aliento respiraba, organizando la voz tan frío, que parecía infernal respiración. Cuando me tomó la mano de suerte me la abrasó, que un infierno parecía más que no vital calor.

Pero todas son ideas que da a la imaginación el temor; y temer muertos es más villano temor. Si un cuerpo con alma noble, con potencias y razón, y con ira, no se teme, ¿quién cuerpos muertos temió?

Iré mañana a la iglesia, donde convidado estoy, porque se admire y espante Sevilla de mi valor.

Vase don Juan.

Sale el Rey, don Diego Tenorio, y acompañamiento.

Rey: ¿Llegó al fin Isabela?

Don Diego: Y disgustada.

Rey: Pues ¿no ha tomado bien el casamiento?

Don Diego: Siente, señor, el nombre de infamada.

Rey: De otra causa precede su tormento, ¿dónde está?

Don Diego: En el convento está alojada de las Descalzas.

Rey: Salga del convento luego al punto, que quiero que en palacio asista con la reina, más de espacio.

Don Diego: Si ha de ser con don Juan el desposorio, manda, señor, que tu presencia vea.

Rey: Véame, y galán salga, que notorio quiero que este placer al mundo sea. Conde será desde hoy, don Juan Tenorio, de Lebrija, él la mande y la posea; que si Isabela a un duque corresponde, ya que ha perdido un duque, gane un conde.

Don Diego: Todos por la merced, tus pies besamos.

Rey: Merecéis mi favor tan dignamente, que si aquí los servicios ponderamos, me quedo atrás con el favor presente. Paréceme, don Diego, que hoy hagamos las bodas de doña Ana juntamente.

Don Diego: ¿Con Octavio?

Rey: No es bien que el duque Octavio sea el restaurador de aqueste agravio. Doña Ana, con la reina, me ha pedido que perdone al marqués, porque doña Ana, ya que el padre murió, quiere marido, porque si le perdió, con él le gana.

Iréis con poca gente, y sin ruido luego a hablalle, a la fuerza de Triana, por su satisfacción, y por su abono, de su agraviada prima, le perdono.

Don Diego: Ya he visto lo que tanto deseaba.

Rey: Que esta noche han de ser, podéis decille, los desposorios.

Don Diego: Todo en bien se acaba; fácil será el marqués el persuadille, que de su prima amartelado estaba.

Rey: También podéis a Octavio prevenille. Desdichado es el duque con mujeres, son todas opinión, y pareceres. Hanme dicho que está muy enojado con don Juan.

Don Diego: No me espanto, si ha sabido de don Juan el delito averiguado que la causa de tanto daño ha sido. El duque viene.

Rey: No dejéis mi lado, que en el delito sois comprehendido.

Sale el duque Octavio.

Octavio: Los pies, invicto rey, me dé tu alteza.

Rey: Alzad, duque, y cubrid vuestra cabeza. ¿Qué pedís?

Octavio: Vengo a pediros, postrado ante vuestras plantas, una merced, cosa justa, digna de serme otorgada.

Rey: Duque, como justa sea, digo que os doy mi palabra de otorgárosla. Pedid.

Octavio: Ya sabes, señor, por cartas de tu embajador, y el mundo por la lengua de la fama sabe, que don Juan Tenorio, con española arrogancia, en Nápoles, una noche, para mí noche tan mala, con mi nombre profanó el sagrado de una dama.

Rey: No pases más adelante, ya supe vuestra desgracia, en efecto. ¿Qué pedís?

Octavio: Licencia que en la campaña defienda cómo es traidor.

Don Diego: Eso no, su sangre clara es tan honrada.

Rey: Don Diego

Don Diego: ¿Señor?

Octavio: ¿Quién eres, que hablas en la presencia del rey de esta suerte?

Don Diego: Soy quien calla porque me lo manda el rey, que si no, con esta espada te respondiera.

Octavio: Eres viejo.

Don Diego: Yo he sido mozo en Italia, a vuestro pesar un tiempo. Ya conocieron mi espada en Nápoles y en Milán.

Octavio: Tienes ya la sangre helada, no vale "fui," sino "soy."

Empuña don Diego.

Don Diego: Pues fui, y soy.

Rey: Tened, basta, bueno está. Callad don Diego, que a mi persona se guarda poco respeto, y vos, duque, después que las bodas se hagan, más de espacio me hablaréis. Gentilhombre de mi cámara es don Juan, y hechura mía, y de aqueste tronco rama. Mirad por él.

Octavio: Yo lo haré, gran señor, como lo mandas.

Rey: Venid conmigo, don Diego.

Don Diego: ¡Ay hijo, qué mal me pagas el amor que te he tenido! Duque

Octavio: Gran señor

Rey: Mañana vuestras bodas han de hacer.

Octavio: Háganse, pues tú lo mandas.

Vase el Rey y don Diego, y salen Gaseno y Aminta.

Gaseno: Este señor nos dirá dónde está don Juan Tenorio. Señor, ¿Si está por acá un don Juan, a quien notorio ya su apellido será?

Octavio: don Juan Tenorio diréis.

Aminta: Sí, señor, ese don Juan.

Octavio: Aquí está. ¿Qué le queréis?

Aminta: Es mi esposo ese galán.

Octavio: ¿Cómo?

Aminta: Pues, ¿no lo sabéis siendo del Alcázar vos?

Octavio: No me ha dicho don Juan nada.

Gaseno: ¿Es posible?

Octavio: Sí, por Dios.

Gaseno: Doña Aminta es muy honrada cuando se casen los dos, que cristiana vieja es hasta los huesos, y tiene de la hacienda el interés y a su virtud aun le aviene más bien que un conde, un marqués. Casose don Juan con ella, y quitósela a Batricio.

Aminta: Decid cómo fui doncella a su poder.

Gaseno: No es juicio esto, ni aquesta querella.

Octavio: (Ésta es burla de don Juan, y para venganza mía éstos diciéndola están.) ¿Qué pedís al fin?

Gaseno: Querría, porque los días se van, que se hiciese el casamiento, o querellarme ante el rey.

Octavio: Digo que es justo ese intento.

Gaseno: Y razón, y justa ley.

Octavio: Medida a mi pensamiento ha venido la ocasión; en el Alcázar tenemos bodas.

Aminta: ¿Si las mías son?

Octavio: Quiero, para que acertemos valerme de una invención. Venid donde os vestiréis, señora, a lo cortesano, y a un cuarto del rey saldréis conmigo.

Aminta: Vos de la mano a don Juan me llevaréis.

Octavio: (Que de esta suerte es cautela).

Gaseno: El arbitrio me consuela.

Octavio: (Éstos venganza me dan de aqueste traidor don Juan y el agravio de Isabela).

Vanse todos. Salen don Juan y Catalinón.

Catalinón: ¿Cómo el rey te recibió?

Don Juan: Con más amor que mi padre.

Catalinón: ¿Viste a Isabela?

Don Juan: También.

Catalinón: ¿Cómo viene?

Don Juan: Como un ángel.

Catalinón: ¿Recibiote bien?

Don Juan: El rostro bañado de leche, y sangre, como la rosa que al alba revienta la verde cárcel.

Catalinón: ¿Al fin esta noche son las bodas?

Don Juan: Sin falta.

Catalinón: Si antes hubieran sido, no hubieras engañado a tantas antes. Pero tú tomas esposa, señor, con cargas muy grandes.

Don Juan: Di, ¿comienzas a ser necio?

Catalinón: Y podrás muy bien casarte mañana, que hoy es mal día.

Don Juan: Pues ¿qué día es hoy?

Catalinón: Es martes.

Don Juan: Mil embusteros y locos dan en esos disparates. Sólo aquél llamo mal día, aciago y detestable, en que no tengo dineros, que los demás es donaire.

Catalinón: Vamos, si te has de vestir, que te aguardarán y es tarde.

Don Juan: Otro negocio tenemos que hacer, aunque nos aguarden.

Catalinón: ¿Cuál es?

Don Juan: Cenar con el muerto.

Catalinón: Necedad de necedades.

Don Juan: ¿No ves que di mi palabra?

Catalinón: ¿Y cuando se la quebrantes, qué importa? ¿Habrá de pedirte una figura de jaspe la palabra?

Don Juan: Podrá el muerto llamarme a voces infame.

Catalinón: Ya está cerrada la iglesia.

Don Juan: Llama.

Catalinón: ¿Qué importa que llame? ¿Quién tiene de abrir, que están durmiendo los sacristanes?

Don Juan: Llama a ese postigo.

Catalinón: Abierto está.

Don Juan: Pues entra.

Catalinón: ¡Entre un fraile con hisopo y con estola!

Don Juan: Sígueme y calla.

Catalinón: ¿Que calle?

Don Juan: Sí.

Catalinón: Ya callo. Dios en paz de estos convites me saque. Entran por una puerta y salen por otra. ¡Qué oscura que está la iglesia, señor, para ser tan grande! ¡Ay de mí! ¡Tenme, señor, porque de la capa me asen!

Sale don Gonzalo como de antes y encuéntrase con ellos.

Don Juan: ¿Quién es?

Don Gonzalo: Yo soy.

Catalinón: Muerto estoy.

Don Gonzalo: El muerto soy, no te espantes, no entendí que me cumplieras la palabra, según haces de todos burla.

Don Juan: ¿Me tienes en opinión de cobarde?

Don Gonzalo: Sí, que aquella noche huíste de mí, cuando me mataste.

Don Juan: Huí de ser conocido, mas ya me tienes delante, di presto lo que me quieres.

Don Gonzalo: Quiero a cenar convidarte.

Catalinón: Aquí excusamos la cena, que toda ha de ser fiambre pues no parece cocina si al convidado le mate.

Don Juan: Cenemos.

Don Gonzalo: Para cenar es menester que levantes esa tumba.

Don Juan: Y si te importa levantaré esos pilares.

Don Gonzalo: Valiente estás.

Don Juan: Tengo brío, y corazón en las carnes.

Catalinón: Mesa de Guinea es ésta, pues, ¿no hay por allá quien lave?

Don Gonzalo: Siéntate.

Don Juan: ¿A dónde?

Catalinón: Con sillas vienen ya dos negros pajes. Salen dos enlutados con sillas. ¿También acá se usan lutos y bayeticas de Flandes?

Don Gonzalo: Siéntate tú.

Catalinón: Yo, señor, he merendado esta tarde. Cena con tu convidado.

Don Gonzalo: Ea, pues, ¿he de enojarme? No repliques.

Catalinón: No replico. Dios en paz de esto me saque. ¿Qué plato es éste, señor?

Don Gonzalo: Este plato es de alacranes y víboras.

Catalinón: ¡Gentil plato para el que trae buena hambre! ¿Es bueno el vino, señor?

Don Gonzalo: Pruébale.

Catalinón: ¡Hiel y vinagre es este vino!

Don Gonzalo: Este vino exprimen nuestros lagares ¿No comes tú?

Don Juan: Comeré si me dieses áspid a áspid cuanto el infierno tiene.

Don Gonzalo: También quiero que te canten. Canten.

Músicos: "Adviertan los que de Dios juzgan los castigos tarde, que no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague."

Catalinón: Malo es esto, vive Cristo, que he entendido este romance, y que con nosotros habla.

Don Juan: Un hielo el pecho me parte. Canten.

Músicos: "Mientras en el mundo viva, no es justo que diga nadie qué largo me lo fiáis siendo tan breve el cobrarse."

Catalinón: ¿De qué es este guisadillo?

Don Gonzalo: De uñas.

Catalinón: De uñas de sastre será, si es guisado de uñas.

Don Juan: Ya he cenado, haz que levanten la mesa.

Don Gonzalo: Dame esa mano. No temas, la mano dame.

Don Juan: ¿Eso dices? ¿Yo temor? ¡Que me abraso! No me abrases con tu fuego.

Don Gonzalo: Aquéste es poco para el fuego que buscaste. Las maravillas de Dios son, don Juan, investigables, y así quiere que tus culpas a manos de un muerto pagues, y así pagas de esta suerte las doncellas que burlaste. Ésta es justicia de Dios, quien tal hace, que tal pague.

Don Juan: Que me abraso, no me aprietes, con la daga he de matarte, mas, ¡ay, que me canso en vano de tirar golpes al aire! A tu hija no ofendí, que vio mis engaños antes.

Don Gonzalo: No importa, que ya pusiste tu intento.

Don Juan: Deja que llame quien me confiese y absuelva.

Don Gonzalo: No hay lugar, ya acuerdas tarde.

Don Juan: ¡Que me quemo! ¡Que me abraso! Muerto soy.

Cae muerto don Juan.

Catalinón: No hay quien se escape, que aquí tengo de morir también por acompañarte.

Don Gonzalo: Ésta es justicia de Dios, quien tal hace, que tal pague.

Húndese el sepulcro con don Juan, y don Gonzalo, con mucho ruido, y sale Catalinón arrastrando.

Catalinón: ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto? Toda la capilla se arde, y con el muerto he quedado, para que le vele y guarde Arras-

trando como pueda, iré a avisar a su padre, san Jorge, san Agnus Dei, sacadme en paz a la calle.

Vase Catalinón. Sale el Rey, don Diego y acompañamiento.

Don Diego: Ya el marqués, señor, espera besar vuestros pies reales.

Rey: Entre luego y avisad al conde, porque no aguarde.

Salen Batricio y Gaseno.

Batricio: ¿Dónde, señor, se permiten desenvolturas tan grandes? Que tus criados afrenten a los hombres miserables.

Rey: ¿Qué dices?

Batricio: don Juan Tenorio, alevoso y detestable, la noche del casamiento, antes que le consumase, a mi mujer me quitó, testigos tengo delante.

Salen Tisbea e Isabela y acompañamiento.

Tisbea: Si vuestra alteza, señor, de don Juan Tenorio no hace justicia, a Dios y a los hombres, mientras viva he de quejarme. Derrotado le echó el mar, dile vida y hospedaje, y pagome esta amistad con mentirme y engañarme con nombre de mi marido.

Rey: ¿Qué dices?

Isabela: Dice verdades.

Salen Aminta y el duque Octavio.

Aminta: ¿Adónde mi esposo está?

Rey: ¿Quién es?

Aminta: Pues, ¿aún no lo sabe? El señor don Juan Tenorio, con quien vengo a desposarme, porque me debe el honor, y es noble, y no ha de negarme. Manda que nos desposemos.

Rey: Prendedle luego y matadle.

Sale el marqués de la Mota.

Mota: Pues es tiempo, gran señor, que a luz verdades se saquen, sabrás que don Juan Tenorio la culpa que me imputaste cometió, que con mi capa pudo él cruel engañarme de que tengo dos testigos.

Rey: ¿Hay desvergüenza tan grande?

Don Diego: En premio de mis servicios haz que le prendan, y pague sus culpas, porque del cielo rayos contra mí no bajen, siendo mi hijo tan malo.

Rey: ¿Esto mis privados hacen?

Sale Catalinón.

Catalinón: Escuchad, oíd, señores, el suceso más notable que en el mundo ha sucedido, y en oyéndolo matadme. Don Juan, del comendador haciendo burla una tarde, después de haberle quitado las dos prendas que más valen, tirando al bulto de piedra la barba por ultrajarle, a cenar le convidó. ¡Nunca fuera a convidarle!

Fue el bulto, y le convidó y agora, porque no os canse, acabando de cenar entre mil presagios graves de la mano le tomó y le aprieta hasta quitalle la vida, diciendo "Dios me manda que así te mate, castigando tus delitos. ¡Quién tal hace, que tal pague!"

Rey: ¿Qué dices?

Catalinón: Lo que es verdad, diciendo antes que acabase, que a doña Ana no debía honor, que lo oyeron antes del engaño.

Mota: Por las nuevas mil albricias quiero darte.

Rey: ¡Justo castigo del cielo! Y agora es bien que se casen todos, pues la causa es muerta, vida de tantos desastres.

Octavio: Pues ha enviudado Isabela, quiero con ella casarme.

Mota: Yo con mi prima.

Batricio: Y nosotros con las nuestras, porque acabe "El convidado de piedra."

Rey: Y el sepulcro se traslade en San Francisco en Madrid para memoria más grande.